Obras de humanidad
Jorge de Montemayor



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

Al illustríssimo Duque de Sessa

No por otra cosa los escriptores egypcios dirigían a Mercurio todas sus obras, Illustríssimo Señor, sino por ganalles authoridad e favor, para que fuessen tenidas en algo, y esto es lo que mi libro va a pedir a Vuestra Señoría, porque si a Mercurio, inventor (como ellos dezían) de todas las cosas de ingenio, los intitulavan, a Vuestra Señoría como a favorescedor y amador de los que las hazen se deven intitular. Quisiera yo que el libro fuera tal, que con poco trabajo de Vuestra Señoría paresciera bien a los lectores; mas, ya que mi ingenio no puso más alta la raya, hale sido forçado buscar este remedio, en quien lo es de todos los que menestelle han, como lo fue aquel gran Sol de España y Gran Capitán de los españoles, abuelo de Vuestra Señoría, en cuyo loor no me pienso agora meter, que quien a ello se atreviere es necessario que con su prosa o verso dé causa a que se tenga la embidia deste caudillo excelente que tuvo Alexandro de Achilles; porque, no siendo assí, el tal Orador o Poeta quedará confuso y sus altos hechos no alabados como merescen. Assí que, Señor Illustríssimo, pues (según los Philósophos quieren) los libros son hijos del entendimiento del que los compone, y como tales deven ser amados, yo cumplo con el amor que a éste devo en dalle tal Señor, a quien suplico le reciba debaxo de su amparo, como el autor dél lo ha estado siempre, porque pueda yr seguro por do el tiempo o Fortuna lo guiaren, cuya vida y estado Nuestro Señor por muchos años acresciente.

GEORGE DE MONTEMAYOR

Al illustríssimo Duque de Sessa

Soneto

¡O!, excelente Duque, a quien se deve
la honrra, el lustre, el ser de Poesía,
en quien quedó la fe que se perdía
desta arte, cuyo amor te inspira y mueve.

Si mi pluma a hablar de ti se atreve,
tu ser y tu valor le da osadía,
que la virtud, esfuerço y valentía
jamás s'esprimentó en cosa leve.

Celebre Mantua a su poeta illustre,
Smyrna al gran Homero haga templo
y Roma a su Scipión por otra arte.

Tú les quitas el ser, la fama, el lustre,
¡o, gran Duque de Sessa!, claro exemplo
de armas, sciencia, ingenio, estilo y arte.

GEORGE DE MONTEMAYOR

Al lector

Soneto

Lector, detén el passo, y tiento a tiento
por estos versos ve, tomando dellos;
no te contentes solo con leellos,
si quieres recrear tu entendimiento.

Levanta, abiva, aguza el pensamiento,
verás el proprio amor nacido entre ellos,
y no podrás ver más en él que en ellos
para entender su efecto y fundamento.

Si Mena en verso heroyco se ha mostrado,
Heredia en devoción, y en los amores
a Garci Sánchez vimos estremado;

el gran Montemayor de los mayores
en todo a todos ellos ha imitado,
y assí es en nuestra edad de los mejores.

DIEGO RODRÍGUEZ MONTEIRO

Elegía a la muerte del excelentíssimo poeta George de Montemayor

Comiença, Musa mía dolorosa,
el funesto successo y desventura,
la muerte arrebatada y pressurosa,

de nuestro Lusitano, a quien Natura
hoy llora con muy tierno sentimiento
y representa al mundo su tristura.

Mi ronca voz resuene, y lleve el viento
mis concentos tan bien enrronquecidos,
bastantes a mover el firmamento.

De en uno en uno vayan esparzidos,
dando indicio del crudo y fiero assalto
de gente en gente a todos los nascidos.

Y con ligero buelo y veloz salto
primero a Lusitania se encaminen
azia Montemayor sublime y alto.

Y allí no sólo hieran e lastimen

los tiernos coraçones, mas a lloro
a las más duras peñas aun inclinen.

Ya fenesció su bien, ya su thesoro,
ya su luz, resplandor y su centella,
ya su valor, sus prendas y decoro.

Ya escureció el luzero, ya la estrella
por quien el mismo Phebo se regía,
mas, ¡ay!, ¿quién sufrirá la falta della?

Ya su dulce concento y melodía,
su ingenio, suavidad y subtileza,
su ser, stylo, gracia y harmonía

Los de Payva y de Pina y su nobleza
demuestren quánto más justo les fuera
morir que no dar muestra de tristeza.

Con inhumana mano cruda y fiera
la demás gente rompa el duro pecho,
pues se ecclipsó su sol su nueva sphera.

Tú, célebre Mondego, con despecho
detén tus sacras ondas presurosas,
sabrás el grave caso y triste hecho.

De tus hondas cavernas tenebrosas
levanta tu cabeça cobdicioso,
de abrir todas tus venas abondosas.

No pongas a tus lágrimas reposo,
mas en tanta abundancia se derramen
que al Gange y Nilo excedan caudaloso.

De tus húmidas fuentes tantas manen,
que no puedan caber en tus riveras
y en las del basto mar apenas paren.

Y tus hermosas nimphas las primeras
se cubrirán de hoy más funesto velo,
las de Tajo las sigan lastimeras.

En tierno llanto amargo y triste duelo

procurarán passar toda la vida,
pues esto las será mayor consuelo.

Ni la madexa de oro que escondida
baxo el verde cendal está perdonen,
que a nuestro Lusitano está offrescida.

De oy más al verde soto nunca asomen,
ni al valle umbroso, rústica campaña,
con dolor su appetito proprio domen.

No sólo Portogal, mas toda Hespaña
conozca quán gran parte le ha cavido
de aqueste duro caso y grave hazaña.

El Mincio y Po famoso ya rindido
estava a nuestro George venturoso
a quien no poca invidia acá ha tenido.

Ninguno ha havido entre ellos tan dichoso,
que llegar a este monte haya intentado,
que no quede corrido y vergonçoso.

Mas Fortuna por tierra le ha prostrado,
de nuestro mal y daño desseosa,
privándonos de un tan felice estado.

La inexorable Parca y rigurosa
cortó con gran desdén su dulce hilo
con immatura muerte y lastimosa.

Quexóse desto Amor, y hilo a hilo
las lágrimas su rostro van bañando
por verse enagenado de su stylo.

El carcax y los tiros va arrojando,
valor menospreciando y poderío
y el arco con furor despedaçando.

Con las alas caýdas y sin brío,
su blando rostro hiere con la mano
como quien pierde hoy todo el señorío.

Y assí como en la muerte de su hermano

Eneas, los solloços le impidían
la voz, crudo lamento y inhumano,

del mesmo officio agora le servían
e los cabellos de oro entorno hechados
sus orientales perlas rescibían.

No pueden ser de Venus enxugados
porque está de favor necessitada
según tiene los suyos maltratados.

Confusa queda, triste y lastimada,
no menos que en aquel infausto día
que de su dulce Adonis fue privada.

Sus manos delicadas retorcía
y tanto el sentimiento la aquexava,
que el ayre con sospiros encendía.

De Pallas tiene invidia que mostrava
con la sobrada pena consumirse
y más ser immortal la atormentava.

Qual suele en el verano derretirse
del Zéphyro la nieve sacudida
y en abundosas aguas convertirse,

tal de sus ojos sale y tan crescida
el agua con que el campo está bañado
llorando aquesta fúnebre partida.

De la muerte mil vezes se ha quexado,
y del fatal desastre y del destino
impío, cruel, nefando accelerado.

Paréscele muy grande desatino
bivir, y holgara a muerte subjectarse
y permutarle el hado y ser divino.

Procura algunas vezes de esforzarse
en medio del dolor más excessivo
para plañir de nuevo y lamentarse.

Y con semblante fiero, triste, esquivo,

las lágrimas congela y suspendidas
se muestran en sus ojos bien al bivo.

Después de tropel baxan esparzidas
de fuentes muy más fértiles saliendo
y de mexillas más humedescidas.

Por rostro, pecho y seno van corriendo,
ni en el regazo quieren aun pararse
la tardança del lloro reprehendiendo.

Qual suele Philomela querellarse
en las umbrosas selvas de Tereo,
fin del successo de Iltys olvidarse.

Qual fue llorado el hijo de Oeneo
de las aves que el pecho desgarravan,
con sus picos plañiendo el caso feo,

tales su grande falta lamentavan
las hijas de Mnemósyne famosas,
y con tales extremos se quexavan.

No se muestran agora desseosas
de Agánippe gustar (como solía),
mas de siempre plañir más cobdiciosas.

No las pudo ayudar la Poesía
a sentir y llorar el caso extraño
o a las hazer siquiera compañía,

porque con cauteloso ardid y engaño
la muerte la previno en aquel punto
que sintió toda Hespaña un mal tamaño;

que conosciendo estava el cuerpo junto
della con nuestro George y le animava
el uno con el otro hizo defunto.

Y como en qualquier caso la quedava
poco spacio de vida, quiso luego
privar della a quien ya sin ella estava.

Si quando vio entregar al voraz fuego

la Poesía a Hesíodo y a Homero,
no dio muestra de algún desasosiego;

si quando a Eschilo y Sóphocles sincero
y a Archíloco y Sophrón Syracusano
jamás mostró el semblante lastimero;

si quando el Veronés y el Mantuano
y el Sulmonés murieron, no se ha muerto,
o quando murió Mena o Feliciano;

fue porque conosció que vendría cierto
nuestro insigne poeta a substentalla
con su stylo suavíssimo y experto.

Y pues con él murió, nadie buscalla
pretenda desde el uno al otro polo,
que por demás será poder hallalla.

Ya no más musas, ya no más Apollo,
pues que la Poesía queda muerta,
y aquel que fue entre todos uno solo.

Ninguna sacra fuente descubierta
esté en Pimpla, Libethro y Helicona,
ni en Pernasso a ninguno se dé puerta.

De hoy más nadie pretenda haver corona
de murta, ni arrayán, ni verde lauro,
ni del árbor que Alcides se corona.

Desde el excelso Calpe al monte Tauro
se sienta esta desgracia y desventura,
y desd'el Indo Hydaspe hasta el Metauro.

¿Quién cantará de Venus la hermosura,
la gracia, suavidad y la belleza?
¿Quién el divino adorno y la apostura?

¿Quién del tierno Cupido la aspereza,
los incumbrados hechos, las hazañas,
el insano furor y la braveza?

¿Y quién, enternescidas las entrañas,

del bellicoso Marte, y los engaños
de Vulcano soez y astutas mañas?

¿Y quién mil accidentes tan extraños
de amor e desamor discantaría,
y de engaños dos mil y desengaños?

¿Quién con tanta destreza contaría
de las hermosas nimphas los amores?
¿Quién con tanto decoro scriviría?

¿Y quién los de los rústicos pastores
y de lascivos sátyros y faunos
y de otros semideos inferiores?

¿Y quién, contra el juyzio de hombres vanos,
los escuros authores ha tornado
de scabrosos, claríssimos y llanos?

Sólo Montemayor aquesto ha obrado
con su divino spritu, a quien nos quita
la Parca con su corte accelerado.

Mas no muere, pues vemos resuscita
su fama con sus obras excelentes,
después que en el empýreo cielo habita.

Tiñiendo va las aguas y corrientes
desd'el famoso Ibero discurriendo
hasta el oriental Indo y sus vertientes.

Yyrá tan grandes fuerzas adquiriendo
toda la tierra en torno rodeando
que ningún caso adverso yrá temiendo.

No la podrá Fortuna yr contrastando,
no el áspero furor del crudo viento,
no las ondas del mar amenazando;

ni la muerte cruel a perdimiento
la traherá jamás en tiempo alguno,
m as siempre crescerá con más augmento.

Y más que de poeta otro ninguno

durará su memoria entre las gentes
contra el livor del invido importuno.

En olvido passados y presentes
quedarán con su stylo comparados
con sus agudos dichos y eminentes.

Serán primero más que nieve elados
del claro sol, los rayos, que perezca
su fama ni sus hechos señalados.

Primero faltarán (que mal la empezca)
del mar las aguas, peces, las arenas,
y del ayre las aves que fenezca.

La qual, después sintiendo quán agenas
están todas las gentes de consuelo,
antes de descontento y pena llenas,

al claustro celestial, con sumino buelo,
se yrá nuestro Hemisphero atrás dexando,
ganosa de habitar el alto cielo,
del qual Montemayor está gozando.

F. MARCOS DORANTES

Obras de humanidad

Comienza el cancionero de las *Obras de humanidad* de Jorge de Montemayor

Dichoso y seguro estado,
vida llena de contento,
¿dónde estáis?, ¿quién os mudó,
quando estava de cuydado
tan libre mi pensamiento,
como está quien me lo dio?
¿Qué es de mi prosperidad?
Mi gloria, ¿qué ha sido della?
No es justo que torne a ella
aquel que su libertad
no estima hasta perdella.

De amor estuve muy fuera,
aunque no de algún temor
de su condición cruel;
mas muy seguro estuviera,
si como temí el amor
temiera la causa dél.
En sola mi suficiencia
estribé, por me valer,
hasta que vine a entender
que allí donde hay resistencia
muestra amor más su poder.

Perdíme de confiado,
e toda mi confiança
á sido para mi daño,
espero ser remediado.
Y á turado la esperança
quanto quiso el desengaño.
Ved qué dolor tan cruel
y fuera de natural:
pues vengo a temer un mal,
que es peor el temor dél
que passalle, aunque es mortal.

No temo verme perdido,
que ya no ay cosa que pierda
ni que pretenda ganar,
ni tengo temor de olvido,
que quien de mí no se acuerda
menos me podrá olvidar.
Mas temo que ha de venir
la razón de mi tormento
a darme contentamiento,
y le ha de contradezir
mi baxo entendimiento.

Muchas vezes me imagino
de mi señora querido,
y es, en fin, ymaginar;
pero viendo el desatino
torno en mí como corrido,
e comienço a preguntar:
«¿Qué novedad, qué mudança
es esta de mi passión?»

Y responde el coraçón:
«Burlava con la esperança
vuestra vana presunción».

Quando no hablo en desseo,
quando obedezco el dolor,
me hallo más descansado;
conténtame lo que veo,
no quiero más del amor
que vivir en tal estado;
y por más que sea guardada
su ley en mi pensamiento,
es tan falso y tan esempto
que quiere verla quebrada
más que verme a mí contento.

Esto siento y esto digo,
aunque sé que no diré
lo menos de lo que siento,
e aun amor es buen testigo,
que quando pude callé;
mas no calla el pensamiento,
y sabe, señora, Dios
que le riño, aunque es en vano,
porque Él está tan ufano
en sólo pensar en vos,
que no puedo ylle a la mano.

Fin

Villancico ageno

¿Quién te hizo, Juan, pastor,
sin gasajo y sin plazer,
que tú alegre solías ser?

GLOSA DE MONTEMAYOR

Juan, estoy maravillado,
no de tu pena y tormento,
porque un triste pensamiento
de veras enamorado
sojuzga el entendimiento,
sino en ver que tu dolor
tan alto te levantó,

que según te as con amor,
yo pienso que no acertó
quien te hizo, Juan, pastor

Naturaleza en el hito
no acertó, Joan, compañero;
hízote Dios cavallero
y ella errando el sobre escripto
púsote nombre vaquero.
Pues yo te hago saber
que en quantos viven amando
harto pocos has de ver,
que dissimulen estando
sin gasajo y sin plazer

Y aunque nunca vi pastor
que no muestre su cuydado,
estás tan dissimulado,
que pienso que el proprio amor
no vee que eres enamorado;
mides tanto el padescer,
con pensar en tu pastora,
que nadie podrá entender,
por lo que sientes agora,
que tú alegre solías ser

Fin

Carta

No cause alteración
ver que escrivirte presuma,
pues me corta amor la pluma
y el tiempo me da ocasión,
que no puede amor suffrir
un coraçón tan esempto,
ni el tiempo que tal tormento
se pueda tanto encubrir.

De ver mal tan inhumano
temblando está el coraçón,
e al escrivir mi passión
la pluma tembla en la mano.
Quede lastimada dél

viendo de amor los effectos,
temblando trae los conceptos
desde el sentido al papel.

¡Ay de mí, que no soy mío,
ni aun entiende mi cuydado,
pues de la razón forçado
contra ella misma porfío!;
fuérçame que os quiera yo,
obedesce mi sentido,
soyle contrario, pues pido
lo que nadie mereció.

Viendo mi poca ventura,
retráyome a mi passión,
y el no pedir gualardón
hallo que es mayor cordura;
mas dízeme amor que pida
que quiçá que alcançaré
y en un quiçá me estaré
en quanto tuviera vida.

Tu desseada presencia
¿dónde está, que no la veo?
¿Piensas tú que a mi desseo
lo menoscaba tu ausencia,
o piensas podré mudarme
con otro nuevo cuydado?
Bien creo que lo has pensado,
pues piensas no remediarme.

¡O, Señora!, ¿qué harías
si de mi mal entendiesses
aquello que si quisiesses
fácilmente entenderías?
Mas no quieres aun mirallo
porque te va poco en ello,
y porque quiçá entendello
no te obligue a remediallo.

Si mirasses mi passión
con las circunstancias della,
muy claro verías en ella
mi mal y tu sinrazón,

que de ver a oýr la pena
va mucho, y aunque se cree,
vista propria da más fe
que no relación agena.

Quéxome del mal que passo,
digo siempre que es cruel,
y estoy tal, que ya sin él
no sabría dar un passo,
ni me podrá gusto dar,
Señora, ningún plazer,
que a quien no sé conoscer
¿cómo le sabré gustar?

Pues ¿de qué me quexo yo?
No sé ni sabré dezillo,
muy mejor sabrá sufrillo
el que á tanto que sufrió.
Sé que por tu causa muero,
y si preguntar quisieres
«Hombre cuytado, ¿qué quieres?»,
no sabré dezir qué quiero.

Qualquiera cosa me offende
como no es ymaginarte,
porque a solamente amarte
mi pensamiento se estiende;
y es en mí cosa tan fea
qualquiera otra ocupación,
que no ocupo el coraçón
en cosa que amor no sea.

Este trabajo en que está
mi pensamiento tan firme,
nadie podrá persuadirme
que el tiempo lo acabará,
pues amando excedo el modo
a todos los de asta aquí:
no podrán dezir por mí
«el tiempo lo acaba todo».

Pero dirán con razón
por ti sola y sola una,
que el tiempo, amor ni fortuna

no mandan tu condición,
por lo qual en la posada
de mi coraçón se alcança
que es en ella la esperança
la alhaja más escusada.

Yo sé que no resultara
honrra mi contentamiento,
de padecer mi tormento
si algún remedio esperara,
e aunque mi mal d'alguna arte
con la esperança aliviaras
a esperar que tú me amaras
poco hiziera oy en amarte.

Bolvamos a mi querella,
demos buelta a mi passión,
dexemos ya la razón
que tengo de sostenella.
¡A, Señora de mi vida!,
di ¿por qué causa te afrentas
en dezir que te contentas
de verla por ti perdida?

¿Por ventura abaxarás
tu ser y extremos tan buenos,
o puede a dicha ser menos
lo que no puede ser más?
No cierto, y assí se cree,
mas eres tú de tal suerte,
que aun no me darás la muerte
por galardón de mi fe.

¡O, desdichado de mí
(si es verdad que puedo sello,
y no me ha escusado dello
ver que padezco por ti),
quán poco vale quererte,
Señora, para contigo,
y quánto menos comigo
el pensar de aborecerte!

Vaya Duero por do va,
vaya el mal por donde fuere,

que si el medio no viniere
en fin la muerte verná;
y si este mi pensamiento
la muerte no le acabare,
con tal que mi mal se declare
me tengo por muy contento.

Fin

Otras

Señora, pues que padezco
una sola cosa os pido,
y es que tengáys entendido
que sólo por fe merezco
lo que por mí no he podido;
y si oýr
no queréys ni consentir
lo que os pido, no me espanto,
no vos de que sufra tanto,
pues nascí para sufrir.

Nunca os pedí galardón
para mejor acertar,
mas tampoco fuera errar,
que aun lo que es contra razón
suelen los hombres provar,
y más quien
desque sus ojos os veen
á sufrido pena tal
que de estar usado al mal
no sabrá entender el bien.

Y aunque me veáys venir
a algún favor demandar
no os pienso en ello agraviar,
que no fatiga el pedir
a quien nunca supo dar;
y si en suerte
le cupo a mi pena fuerte
que aora de nuevo os pida
que me sostengáys la vida,
es por contaros mi muerte.

Porque estando vos tan fuera
de sentir que desespero,
si en aquel instante muero,
¿quién podrá después que muera
dezir lo mucho que os quiero?
Pues no hallo
remedio, ni he de buscallo,
ved mi tormento cruel,
no para doleros dél,
mas para poder contallo.

Que si lo sintiere bien
quien oyere mi caýda,
diraos, desconocida,
¿por qué mates a quién
quereros era su vida?;
y si no
queréis dezir qué passó
por vos echalde la glosa,
y contaldo como cosa
que a otra dama aconteció.

Alcance yo tal victoria
(si muero desta manera)
después que, Señora, muera,
que ande yo en vuestra memoria
como fábula siquiera;
y tractando
con alguna, o platicando,
acuérdescos que os serví,
y contalde algo de mí,
y siquiera sea burlando.

Fin

Agena

¿Para qué me dais tormento
aprovechando tan poco?
Perdido, mas no tan loco
que descubra lo que siento.

GLOSA DE MONTEMAYOR

Pues mi mal es sin remedio,
no me culpen si lo callo,
porque yo, señora, hallo
que mal que no tiene medio
es locura publicallo;
pero ya que declararos
no puedo mi perdimiento
y executáys vuestro intento,
forçado me es preguntaros:
¿para qué me days tormento?

Si dexo de confessar
mi mal, yo siento por qué
aunque muera callaré,
que en menos se á de estimar
la vida que no la fe:
si en la fe queréis tocarme
extremos haré de loco;
mas, señora, espera un poco:
¿para qué es atormentar
aprovechando tan poco?

Porque dirán los que os ven
que soys cruda, y yo, leal,
callo mi pena mortal;
assí que por vuestro bien
dexo de dezir mi mal.
¿Pues qué me dirán si soy
el que vuestro ser apoco
y a hablar a vos provoco?
En fin, señora, yo estoy
perdido, mas no tan loco.

Si mi dolor no descubro,
y muriendo sufro y callo,
gran honrra, señora, hallo
en ver que mi mal encubro
de quien puede remediallo;
porque si acaso se ve
vuestro gran merescimiento
y mi baxo fundamento,
no cumple a vos ni a mi fe
que descubra lo que siento.

Carta

No por dexar de serviros,
ni por mi contentamiento
contra vuestro mandamiento
determiné de escriviros.
Y si la causa os dixere,
no penséys que hago poco,
que no está lexos de loco
el que a tanto se atreviere.

Si acierto a contar el caso,
no lo tengáys a cordura,
o lo tened por locura,
o cosa que ha sido a caso;
porque quien habla en passión,
que es tan justo que se calle,
sin duda deve ayudalle
la locura o la ocasión.

Contaría el marinero
en bonança su fortuna,
e yo sin bonança alguna
la mía contaros quiero.
Él prueva sólo consigo,
dize todo lo que quiere;
mas yo de lo que dixere
os podré dar por testigo.

Señora, ¿cómo olvidastes
tan gran firmeza de fe,
(la qual si acaso no fue,
a lo menos la mostrastes?;
e fue tal esta mudança
que no estoy tan afligido,
señora, de vuestro olvido
como de mi confiança.

Quesiste, señora mía,
que tan confiado fuesse,
que nunca jamás creyesse
perder el bien que tenía.

No miró tu pensamiento
que si un dolor no pensado
viene sobre confiado,
es otro nuevo tormento.

Verme apartado de mí
y de ti, sin merecello,
tanto más peno por ello
quanto menos lo temí;
que claro está que pudiera
este perverso de amor,
ensayarme en el temor,
antes que el dolor viniera.

El que tiene oýdos oya
que estás tan mudada ya,
que quien te ve no dirá
«En este lugar fue Troya»;
pues que con sólo un no quiero,
sin causas ni fundamientos
quemas hasta los cimientos
de un amor tan verdadero.

Quiçá me fuera más sano
el poderte aborrecer;
mas, señora, mi querer
no puede echar a otro mano;
y si hazello determino
voy luego fuera de tiento;
¡ved qué haze el pensamiento
que tiene sólo un camino!

El amor que puse en ti,
o el Amor que en ti me puso,
¡o, quántas vezes le acuso,
y quántas me acusa a mí!;
yo le acuso aver querido
que amasse cosa tan alta,
mas él me acusa la falta
de no averte merescido.

Mis cartas no quieres vellas:
(¡ved qué haze un desacuerdo!);
sé que las palabras pierdo

y el tiempo que gasto en ellas;
pero es cosa demasiada
el quexarme desto yo,
que quien libertad perdió,
perder palabras no es nada.

Pudiera en cabeça agena,
si quisiera, escarmentar,
mas no dio el amor lugar.
Viendo la causa tan buena,
y este mirar tu presencia
con tanta solicitud,
hizo que la juventud
burlasse de la experiencia.

Tengo mil vezes oýdo
que es mal caso entre amadores
dezir que ha sido en amores
algún favorescido;
mas yo no pienso ni quiero
cumplir ley tan desygual,
que ¿quién contará su mal
si el bien no cuenta primero?

El dolor que más fatiga
(después de perder mi gloria)
es quedarme la memoria
por mi mortal enemiga;
pues mirando lo passado
y passando lo presente,
el dolor era accidente,
en substancia se á tornado.

No sé cómo no advertía
quando por ti me engañava,
que el movimiento negava
lo que tu lengua dezía;
que una señal nunca mengua,
y del rostro el movimiento,
antes sigue el pensamiento,
señora, que no a la lengua.

No sé con quién te aconsejas,
pues en tal riesgo me pones,

ni entiendo cúyas razones
halagaron tus orejas;
mas yo, señora, me obligo
(por cosas que d'antes vi),
que pues eres contra mí
que te aconsejas contigo.

Ya procuro de olvidarte,
ya no te quiero olvidar,
ya me comiençо a enojar
y en fin, temo el enojarte;
ya me estiendo, ya me apuro,
amo y desamo el dolor;
mas de las fuerças de amor
sólo el muerto está seguro.

Si a dicha diesses un medio,
señora, en tu voluntad,
por donde mi enfermedad
esperasse algún remedio,
y si a trueque de mil males
un bien me quisiesses dar,
¿qué línea podría tomar
la altura de lo que vales?

Y este gran contentamiento
bien sé yo de cierta sciencia,
que cabría en tu clemencia
mas no en mi merescimiento;
y también siendo perdido,
si pretendo remediarme,
no es buena industria quexarme
para alcançar lo que pido.

Assí que medio no veo
a pena tan importuna,
después que cerró fortuna
las puertas a mi desseo;
mas puédeste confiar,
aunque no te dé contento,
que las de mi pensamiento
nadie las podrá cerrar.

Fin

Otras

Pues de tanta perfición
natura quiso dotaros,
muy bien podéys alabaros
que a nadie daréys passión
que no sane con miraros;
pues yo siento
por tan dulce mi tormento,
quando os quiero ver y os veo,
que huyendo otro desseo
queda vivo el pensamiento

Desseo al que á de quereros
no se le puede excusar,
mas yo por tan singular
tengo aquel punto de veros
que no ay más que dessear.
Y si digo
que os desseo y no me obligo
a perder este desseo,
en el punto que no os veo
crudamente me castigo.

Y aunque tiempo me succeda
de mayor prosperidad,
si cometo esta maldad
no os voy a ver, aunque pueda
veros a mi voluntad;
que aunque es buena
la afición, si no se enfrena
su desseo, a la contina
claramente desafina
los quilates de su pena.

Puesto caso que no está
en desseo el agraviaros,
paresce que el dessearos
en cierta manera da
esperança de alcançaros.
Y el que os vido,

si esto espera, va perdido,
y es forçado se entretenga,
porque escrúpulo no tenga
quien sin él os ha querido.

Yo desta manera os quiero
y aquel que de otra os amare,
si, señora, os desseare,
no muere del mal que muero.
Mandalde que se declare,
y no presuma
ninguno, aunque se consuma,
hazerse a sí tal afrenta,
que estando en tan dulce cuenta
quiera llegar a la suma.

Fin

Agena

De mi ventura quexoso,
de quien me agravia contento,
de mi remedio dudoso,
mas no de mi perdimiento.

GLOSA DE MONTEMAYOR

¿Quexarme de mi ventura,
cómo puedo, pues os vi?
Ni aun me quexaré de mí,
que pues vi tal hermosura
no pequé, mas merescí;
y pues fui tan venturoso
que a veros pude llegar,
aunque pierda mi reposo,
no tengo causa de estar
de mi ventura quexoso.

Si miraros me otorgáys
fui dichoso en conoceros,
porque es tanta gloria veros,
que sólo en esto pagáys
lo que me cuesta quereros;
y si yo sufro el tormento,
el olvido, el disfavor,

es porque está el pensamiento
(quando ve vuestro valor)
de quien me agravia contento.

Tener el remedio cierto
do assí se emplea el cuydado,
ni esperar ser remediado,
más paresce desconcierto
que amores de hombre avisado;
que al coraçón generoso
bástale sola la fe;
y, pues ésta es mi reposo,
no haze al caso que esté
de mi remedio dudoso.

No puedo darme a entender
que ay cosa de qué quexarme,
ni causa para apartarme
aunque de no os merecer,
la toméys para olvidarme;
y si alguna pena siento
será, por verdad deziros,
del poco merescimiento
que tengo para serviros,
mas no de mi perdimiento.

Fin

Otras

El coraçón fatigado,
y el cuydado,
renovando su accidente,
midiendo está lo presente,
señora, con lo passado.
La passión
haze dezir la ocasión
y en mí tiénese por mengua,
que nunca jamás mi lengua
obedece al coraçón.

He de callar y suffrir
por servir,
y aunque me veáys hablar,

esto que digo es callar,
según lo que ay que dezir.
Y aún sería
gran merced, señora mía,
saber qué ývades sacando
por lo que digo callando
lo que hablando diría.

Si callo y no me querello,
echo el sello
al grave dolor que siento,
porque sufrir el tormento
vale más que merecello;
si affición
es del sospiro ocasión,
bien puede compadescerse,
pues, sin la lengua moverse
habla sólo el coraçón.

Extremos siento de amor,
y el mayor
es verme que siendo tal
me trate como a su ygual
por honrra de mi dolor,
y sentir
me haze un mal que es morir
diziendo «suffre, porque
no es justo que ocioso esté
quien tan bien sabe sufrir».

Tengo amor, no espero en él,
porque aquel
que es conforme a su dolor
casi tiene por favor
perder la esperança dél;
que si alcança
el amador confiança,
no queda el amor tan fino,
como yendo su camino
sin estorvo de esperança.

Un solo contentamiento
sé que siento
en dolor tan importuno

(y no es mucho sólo uno
para tan grave tormento);
y es saber
que recibí nuevo ser
después que me vi subjecto,
y que es mi mal un secreto
que no se dexa entender.

Fin

Carta

Ora mi carta no veas,
o la rompas sin leella,
ora veas sólo en vella
la muerte que me desseas;
no dexaré de escrevirte,
pues que no dexo de amarte,
ni aun escusa importunarte
el que no escusó servirte.

El amor que a tu beldad,
señora, tuve contino,
por naturaleza vino,
que no por necessidad;
bien que me necessitara
en el punto que te viera,
mas, en fin, subjecto fuera
a lo que el tiempo ordenara.

Mas yo sólo soy aquel
que tiene tal pensamiento,
que desde su fundamento
el tiempo bive con él;
y pues estoy de tal suerte
que biviendo yo contigo
el tiempo bive comigo,
¿como escusaré el quererte?

Si no basta esta disculpa
ni el mal que siempre me aquexa,
de tu condición te quexa,
pues ella tiene la culpa;

y mira que es menester
en un gentil coraçón
ser buena la condición
para amar o aborrecer.

No caber en ti, cruel
(no quiero dezir amor),
sino dolerte el dolor
de quien nunca está sin él,
¿es, por dicha, honestidad?
Ni cierto, ni le conviene,
sino un desamor, que tiene
dañada tu voluntad.

Buelve, señora, tus ojos
y apremia tu condición,
que poca satisfación
bastaría a mis enojos;
reconosce el pensamiento
que me aflige y buelve loco:
pagar me puedes con poco,
no me dexes descontento.

Sólo mi querer contemplo
después de tu hermosura
que cada uno en su natura
puede quedar por exemplo;
veo en uno que no ay más
y en otro que no ay ygual;
ni puede avello en el mal
que a causa desto me das.

Tiéneme amor de su parte
y es contino contra mí;
no, señora, contra ti,
antes teme el enojarte.
Ved qué invención de dolores,
que he yo de tener amor
a quien te tiene temor
o desatinos de amores.

El que dize su fatiga
(teniéndole amor en medio),
la esperança del remedio

le da esfuerço a que la diga;
mas desdichado de aquel
que diziendo su cuydado
está ya desesperado
de ver el remedio dél.

Pedir la muerte es en vano,
pues dello no eres servida,
si también pido la vida
no quieres, que es en tu mano;
y pues mala y buena suerte
me amuestras y la detienes,
como a Tántalo me tienes
entre la vida y la muerte.

Bien sabes á muchos días
que es virtud muy conocida
no matar, mas dar la vida
a quien quitalla podrías;
pues sepa tu pensamiento,
que no es de saber perfecto,
quando, señora, el effecto
no sigue al conocimiento.

No digo mi pena, no,
por pensar de remedialla,
mas para sólo mostralla
a aquella que me la dio;
que yo la tengo por tal
que mi continua querella
no sólo no apega en ella,
mas ni aun dexará señal.

Mil vezes quiero callarme
sintiendo mi perdición,
pero luego la ocasión
haze que buelva a quexarme;
porque el nescio y el sesudo
vean mi mal sin segundo
y sepan que en este mundo
ay un coraçón tan crudo.

En las plaças quedaré,
todos de mí tractarán,

y sé bien que quedarán
embidiosos de mi fe;
y quantas damas oy son
ternían embidia más pura
de tu ser y hermosura,
que no de tu condición.

Dirán que tus perfeciones
pintó la naturaleza,
por hazer tu gentileza
açote de coraçones:
y aunque muchos que no digo
con desamor perseguiste,
al mío sólo heriste
como a mayor enemigo.

No tengo culpa ninguna
en este grave dolor,
que si la doy al amor,
dala amor a la fortuna.
Con tu ser y gentileza
la fortuna se disculpa;
mas, en fin, toda la culpa
es de la naturaleza.

Que si tanto no advertiera
en darte tal hermosura,
e a mí tampoco ventura
algún remedio tuviera,
y tu grande perfectión
fuera en grado más perfecto,
si no cupiera en subjecto
amigo de su opinión.

Mira no me pongas culpa
por los males que te digo,
pues lo que has hecho comigo
te reprehende y me disculpa;
mas, señora, ¿qué te pena
de ser justa mi querella,
pues que sin culpa o con ella
siempre a mí se da la pena?

Ya que me muero por ti,

acuérdesete, señora,
que jamás punto ni hora
te has acordado de mí;
y aunque a sentir mi cuydado
veo que jamás te mueves,
conoscer que me lo deve:
yo me doy por bien pagado.

Si te doy enojo alguno
no es mucho passar por él,
y pues te sufro cruel,
que me sufras importuno;
porque mi importunidad
no te dexa tan cansada,
quanto te dexa vengada,
señora, tu crueldad.

una dama

Que emprestó un libro por dos días, y después dixo que por dos horas

Aunque el plazo me acortáys,
no es esso lo que me admira,
que más corto plazo days
al que os ve, desde que os mira
hasta que vos lo matáys.
Ni me admira mi cuydado,
ni ver que dél no me libro,
porque es muy averiguado
que de vos y vuestro libro
nadie puede ser librado.

A la misma

Embiándole un vaso de mármol muy blanco

Daros vaso es gran cordura,
y es justo que se me alabe,
pues que quiso la ventura
hazeros vaso a do cabe
tanta gracia y hermosura.
Tenéis del vaso el color,

de la piedra la dureza,
del cielo la gentileza;
que si en vos faltó el amor,
sobró la naturaleza.

Otras

De verme bien empleado
y ver lo que merecéys,
mil vezes quedo agraviado
por lo que me suspendéys
de mi passión y cuydado;
que a quien tal pena cobró,
el sanar es cosa dura,
y assí el herido soy yo
a quien lastima la cura,
más que no el que le hirió.

En vos, señora, no siento
punto que dé dissonancia;
todo en vos es fundamento,
soys toda una consonancia
que aduerme el entendimiento;
y es el compás tan medido
y la Música tan buena,
que elevándose el sentido
soys para mí la Serena,
yo el marinero dormido.

A vos sola y a mi mal
no uvo cosa semejante,
porque a él no ay cosa ygual;
vos estáys tan adelante,
que excedéys lo natural;
vos soys una en ser hermosa,
e a mi mal no allega alguno;
soys los dos en toda cosa,
el Phénix que es sólo uno
y uno el árbol en que posa.

En mi coraçón planté
un amor que fin no tiene,

gualardón no lo esperé,
ni esperalle me conviene
para authorizar mi fe;
y pues la vista de aquélla
sustenta e rige mi alma,
áyase el cuerpo con ella
como el que planta la palma,
que no come el fructo della.

Amor causó mis sospiros
después que mi vista os vido,
y en su fe puedo deziros
que de veros me ha nascido
la presumción de serviros.
Quiso el coraçón ponerse
do es forçado que le cacen;
nascióle el entremeterse,
como a la hormiga nascen
las alas para perderse.

Miro y veo en mi cuydado
dos figuras de una suerte:
la una soy yo cuytado,
otra deve ser la muerte
que mi figura ha tomado.
Veo en una mi ventura
y en otra un dolor terrible,
y assí estoy por mi tristura,
como el que en agua movible
está viendo su figura.

Aun el dolor natural
me mata, en dexarme vivo,
otro viene accidental
que a mi coraçón cativo
se le antoja principal;
e luego le acude, y siente,
aunque el natural más haga,
como el médico prudente
que dexa crecer la llaga
por templar el accidente.

Contemplo vuestra beldad,
miro vuestra perfición,

siento vuestra calidad,
castigo mi coraçón,
si me pide libertad.
Y para no errar la vía
de quereros como os quiero,
lo que en vos ve el alma mía
tomo, como el marinero
que el Norte toma por guía.

La muerte con mil sospiros
estoy mil vezes pidiendo,
y como siento sus tiros,
voyle, señora, huyendo
por no dexar de serviros;
que como el serviros tiene
mi alma por su tesoro,
soy como el que se detiene
llamando a vozes el toro
y le huye quando viene.

Mas ya que de ningún medio
no me asseguro ni pago,
sin medio me satisfago,
porque si busco remedio
es afrenta que me hago.
Y pues mi fin es tan cierto,
execútelo el cuydado,
que bien me basta cuydado
que al amor me dexe muerto,
sin que me dexe afrentado.

Agena

Bive leda, si podrás,
y no penes atendiendo,
que según peno partiendo
ya no esperes que jamás
te veré, ni me verás.

GLOSA DE MONTEMAYOR

Bive, pues muero partiendo,
y si bives, bive leda,

que siendo triste y biviendo,
no es mucho que te succeda
como a mí, bivir muriendo;
no por mí, pues que jamás
te dolió mi mala suerte,
mas por cosas que de oy más
sé pueden succederte,
bive leda, si podrás.

No como hombre confiado
te lo digo a la partida,
mas como tan desdichado
que será el fin de su vida
principio de ser amado.
Pues si el amor, o muriendo
en vengança de mi fuego,
el tuyo fuere encendiendo,
cata que me olvides luego,
y no penes atendiendo.

Con quanto mal me heziste
y con todo mi dolor,
me viene a hazer más triste
lo que en ti hará el amor,
que el poco que me tuviste;
el alma estoy despidiendo,
y con quanto es agraviada,
más se deve de yr doliendo
según te ve descuydada
que según peno partiendo.

Que si el amor mira en ello,
viéndote tan cruda y tal,
su oficio querrá hazello,
pues guárdate Dios de un mal
que viene tras no temello.
Di, señora, ¿qué harás,
si succede este cuydado
y te dizen: morirás,
mas ver al que as desterrado,
ya no esperes que jamás?

Si, vengando mi querella,
entra amor en tu memoria,

muy claro verás en ella
que es menos perder la gloria
que no la esperança della.
En tu tierra quedarás;
yo me voy a tierra agena
y no esperes que jamás
ni para gloria, ni pena,
te veré, ni me verás.

Otras

Gasto la vida sirviendo,
ciegan los ojos llorando,
gasto el coraçón penando,
y porque biva muriendo
el tiempo se va alargando.
Todo el gasto hago yo,
recibo jamás le vi,
solamente recibí
la fe que el amor me dio,
quando el coraçón le di.

De mi propria condición
soy a miserias subjecto,
tan entregado a passión,
que si no viene en effecto,
basta mi ymaginación.
Qualquiera pena o cuydado
la tomo por passatiempo;
y aunque estoy desengañado,
si en esto no gasto el tiempo,
téngolo por mal gastado.

Hago castillos de viento
y siempre de mal successo,
que bueno jamás lo siento,
pues sale contino avieso
qualquiera contentamiento.
Si ymagino lo que fue
lo que á de ser me concluye
y digo ¿adónde me yré?
Si el menor mal me destruye,

con el mayor, ¿qué haré?

Yo no sé qué me sustenta
ni el alma en qué se mantiene,
pues que no cae en la cuenta
que suele venir y viene
bonança tras la tormenta;
el bien jamás le creý,
el mal nunca le dudé,
para el mal camino vi,
para el bien no lo hallé,
ni el bien lo hallo para mí.

Vida de congoxas llena,
amor muy lleno de engaños,
¿quién hallará cosa buena
do no valen desengaños
sino para mayor pena?
No quiero desengañarme,
pues no puedo arrepentirme;
mas assí quiero dexarme
que en fin yo verné a morirme,
o venga amor a matarme.

Agena

Alcé mis ojos mirando,
y tan grande espacio veo
de mi bien a mi desseo,
que los abaxé llorando.

GLOSA DE MONTEMAYOR

Pensar que acaso miré
es yerro: que el amor quiso
quando el alma le entregué
darme primero el aviso
que yo le diesse mi fe.
Díxome, considerando
el peligro ser cruel:
«No mires, passa callando»;
mas yo, no curando dél,
alçé mis ojos mirando.

Alcélos, y fue tan brava
desta vista la affición,
que quanto más los alçava,
más caýa el coraçón
a los pies de quien mirava.
Quando vi, dixe: «No creo
que soy yo el que miré»;
mas quando vi mi desseo,
dixe: «¿Qué es esto? ¿Cegué,
y tan grande espacio veo?»

Mireos, que no deviera,
no porque es malo mi mal,
sino porque es de manera
que siendo el extremo tal,
jamás el medio se espera.
El callar tengo por feo,
hablar no aprovecha nada;
pienso atajar y rodeo:
¡ved si es corta la jornada
de mi bien a mi desseo!

Llegan mis ojos a veros,
llega el alma a contemplaros,
y el coraçón con quereros,
si llega a consideraros,
ve claro el no mereceros.
Si mis ojos voy culpando,
ellos me culpan a mí,
porque los fuy levantando
hasta os ver, y tanto vi,
que los abaxé llorando.

Carta

Cansada deves estar,
señora, de lo que escrivo,
aunque sé que verme bivo
te deve más de cansar;
pues no te enojes comigo
cuya voluntad no yerra,

que no se acaba la guerra
mientras bive el enemigo.

Por enemigo me tienes
y siendo tú de tal suerte,
que me puedes dar la muerte,
no sé por qué te detienes.
Mas porque me será buena
me la niega tu beldad,
y porque es más crueldad
dilatar mucho la pena.

Pues que de esso eres servida,
deves, señora, advertir
que he dexado de bivir
antes de acabar la vida;
y aunque bivo en tal dolor,
bien sabe mi pensamiento
que es alivio del tormento
no esperar otro mayor.

¿Tienes mis dichos por mengua?
¿No vees que son verdaderos,
y que trabajos postreros
dan libertad a la lengua?
Que mis cartas te den pena,
tu mano no destruya,
pues será prudencia tuya
olvidar simpleza agena.

Ningún consuelo me aplaze
en este grave dolor,
que la herida de amor
quien la consuela la haze;
pero tu consolación
de plazer me haría loco
con que doblasses un poco,
señora, tu condición.

Ya tú me ves de manera
que de mi firme querer
no me dexaré caer,
aunque adversidad lo quiera;
pues faltar a la passión

tan mala ves de contento,
y remedio al sufrimiento
es muy contrario a razón.

Mil cosas temí de amor;
mas, señora, consoléme,
aunque contino el que teme
sospecha lo que es peor.
E aunque, vencido una vez,
el temor me dexe en tierra,
es claro que de la guerra
el fin della es el juez.

Mi espíritu se entretiene
aunque en mal muy trabajoso,
que el coraçón animoso
en trabajos se mantiene;
y Dios sabe si me fuerço
poniéndome mil defensas,
mas son las muchas offensas
estímulos del esfuerço.

Mira que es crueldad assaz,
señora, no me querer,
e aunque esperes vencer
deves procurar la paz;
e mira que ya que acabes
esta mi vida a tormentos,
de pequeños fundamentos
proceden casos muy graves.

Bien te está la gravedad,
mas la razón determina
que la gravedad contina
pierde de su authoridad.
No ser vista es tu contento:
¿por qué no tienes memoria
que es modo de vanagloria
el mucho recogimiento?

Dízesme que mi passión
te viene acaso a doler,
y que también podría ser
darme acaso un gualardón;

esso no cabe en tu vaso,
porque en todo eres perfecta
y la persona discreta
pocas cosas haze a caso.

Quéxome porque te quiero,
digo mil males de ti
y después, tornando en mí,
otra vez por ti me muero;
mas razón, que no está ciega,
dize viéndome quexar:
«sin razón quexa del mar
aquel que otra vez navega».

Algunas vezes me dan
esperanças de favor,
pero como son de amor,
por do se vienen se van.
Ya no quiero esperar cosa,
ya mi esperança se olvida,
porque va a espacio la vida
tras la esperança dudosa.

No sé la causa por que,
señora, con tal crueza
reprehendes mi firmeza,
y apruevas tu poca fe;
pues aunque acaso el amarte
obra fuesse de enemigo,
es bien que tenga el castigo
de clemencia alguna parte.

Passas por mí denodada,
e, aunque quedo satisfecho,
no ay cosa tan de provecho,
que aproveche de passada.
Querríate hazer parar
y no te lo oso dezir,
por quiçá no recebir
lo que no podré pagar.

Hirióme el amor de hecho
sin dar remedio a mi llama,
mas el hombre que bien ama,

nunca mira su provecho;
e al fin le vengo a dezir,
viendo mis penas mortales:
«el mayor mal de los males
es no sabellos sufrir».

¿Porfías que tu beldad
no causa las ansias mías,
para que entre tus porfías
se me ahogue mi verdad?
Sabe que yerras en ello
e da crédito a mi fe;
mas pocas vezes se cree
lo que da pena creello.

Dízesme que otros te vieron
e no murieron por verte,
ni en la guerra de quererte
tan de presto se metieron;
respondo que si te quiero,
de poco valor no viene,
que aquel que más honra tiene
en el peligro es primero.

No quiero dezirte más,
aunque sé que he dicho poco
y que as de dezir: « ¡Ay, loco,
quán engañado que estás!»
Pues sabe que me han mostrado
amor y mi desventura
que procede mi locura
de verme desengañado.

Canción

Quítase el partir la vida
que al triste sería partido,
con que no fuesse el olvido
tan cierto tras la partida.

No porque pueda quexarme,
de olvido, ni aun le temí,

que el no acordarse de mí
quita el temor de olvidarme,
si no es por ver quán perdida
es la gloria del que os vido
quando el temor del olvido
le quita el de la partida.

Y aunque el partirme es dolor
muy más grave que mortal,
casi no siento este mal
porque temo otro mayor;
y assí se pierda la vida
porque es el amor servido
que venga a morir de olvido
quien enfermó de partida.

Agena

Pues no bastan mis enojos,
señora, para morirme,
¿con qué pagaré a mis ojos
lo que les quité en partirme?

GLOSA DE MONTEMAYOR

Ojos cansados y tristes,
y más tristes que cansados
de lamentar mis cuydados.
Soys por un bien que perdistes
a mil males obligados,
e pues fuystes los despojos
de mi desastrada suerte,
para cerraros mis ojos,
¿cómo bastará la muerte,
pues no bastan mis enojos?

Veo mi gloria perdida,
veo grave mi tormento,
y veo que es argumento
de faltar presto la vida
quando falta el sufrimiento.
Veo el amor destruyrme,
veo mi mal sin remedio,

veo que pago el partirme,
mas no puedo ver un medio,
señora, para morirme.

Razón me fuerça quereros,
y estos ojos con que os vi
tomaron prenda de mí
les pagasse en sólo veros
lo que dellos recebí;
pues si livianos antojos
han hecho partirme yo,
y por doblar mis enojos,
vuestra vista se me alçó,
¿con qué pagaré a mis ojos?

No porque vuestra memoria
se me pierda en tierra agena
(pues tengo allí por tan buena
mi fatiga, que no ay gloria
por que trocasse mi pena),
sino porque despedirme
paresce falta de fe,
que a mis ojos con morirme,
pienso no les pagaré,
lo que les quité en partirme.

Pastoril

-Zagal, muy libre te veo:
¿qué as avido con amor?
-Escarmentóme el dolor,
y he despedido el desseo.

-¿Por qué apartaste tu fe
de tan grande hermosura?
-Porque hizo la cordura
lo que del tiempo esperé.
-Parece caso muy feo
el olvido en un pastor.
-Más lo parece en amor
abrir la puerta al desseo.

-Di: ¿qué siente, compañero,
tu dama? ¡Por vida mía!
-Quando quise no sentía,
¿qué hará quando no quiero?
-Con todo esso no te creo,
porque quien sigue el Amor,
ni le escarmienta el dolor,
ni puede perder desseo.

Agena

Ven muerte tan escondida,
que no te sienta venir,
porque el plazer de morir
no me torne a dar la vida.

GLOSA

Tiene tanta calidad
el mal que me dio mi suerte,
que en aquel gozo de verte
y contemplar tu beldad
se me á escondido la muerte,
y asecha d'allí una vida,
de que yo soy enemigo;
mas como el matar olvida,
a bozes la llamo y digo:
ven muerte tan escondida.

¿Para mí, que te desseo,
contino escondida estás?
A quien no te llama vas;
yo te llamo y no te veo,
ni te puedo ver jamás.
Mas si mi triste bivir,
tanto como a mi te cansa
y le quieres consumir,
ven tan escondida y mansa,
que no te sienta venir

Mira bien que tu venida
e mi gloria, en tal sazón
podrían dar ocasión
de bolverme con la vida

las causas de mi passión;
porque me viene a dezir
muchas vezes mi memoria,
no queriendo consentir:
si el bivir no te da gloria,
¿por qué el plazer del morir?

La memoria de contenta
por aquella que en sí tiene
con quien se goza y sostiene,
jamás le alcança de cuenta
el mal que de allí me viene;
pues, muerte, a quien offrecida
tengo esta vida cansada,
ven a mí tan escondida,
que el plazer de tu llegada
no me torne a dar la vida.

Carta

Si algún desgusto te diere,
señora, en esto que hago,
cada qual terná su pago
de lo que el otro sintiere:
yo, pues me mandas que parta
tan presto de tu presencia;
tú, tomando yo licencia
para escrivirte esta carta.

Mándasme luego apartarme:
tu mandamiento haré,
pues la ocasión de mi fe
te la da para mandarme;
mas quiera Dios que algún día
no pongas la tuya en parte
que venga a desengañarte
quan maltrataste la mía.

Aunque en el mundo eres una,
haz tu coraçón humano,
que en fin no tienes la mano
en la rueda de fortuna;
mira bien que ay otros ojos

y otros coraçones duros,
que a los que están más seguros
saltean con mil enojos.

¿Qué mal hago yo en mirarte?
¿Por qué mandas que me vaya
pues paro contino a raya,
señora, por no enojarte?
Déxame ver tu presencia;
mas pido lo que no siento,
pues nunca ageno tormento,
te hizo enmendar sentencia.

Tu figura contemplando
estoy siempre, aunque me hieres,
y por ver qué es lo que quieres
al rostro te estoy mirando;
y estando, señora, assí,
si acaso te veo ayrada,
aunque estés de otro enojada,
ymagino que es de mí.

Quando vi tu perfectión,
sospechando tus enojos,
temor uvieron los ojos
en ver muerto el coraçón;
que el vallestero, tirando,
si una avezilla derriva,
la que allí queda, aunque biva,
queda confusa y temblando.

Temieron partirse assí,
aunque en ser por tu mandado,
les echas fuera un cuydado,
de quexarse ellos de sí;
pues para una causa tuya
no ay lágrimas que llorar,
¿dó las fueran a buscar
llorando también la suya?

Dasme consejos en vano,
y en cosas en que no ay medio;
dizes que busque remedio,
estando el mío en tu mano.

Pues assí podré hallar
en otra alguna consuelo,
como peces en el cielo
y estrellas dentro en la mar.

En dezirme cada día
que partiendo olvidaré,
muestras que tu poca fe
te estorva entender la mía.
No consiste aý mi gloria,
salvo si por me vengar,
quisiesse el amor trocar
tu olvido con mi memoria.

Júntanse mis pensamientos,
preguntan al coraçón:
«Dinos quál es la razón
de tan grandes movimientos».
El qual con pena sobrada
le responde: «A mi herida
se junta el mal de partida
como quien no dize nada».

No deves tener por mengua
lo que hablo y he hablado;
que estar por ti condenado
me haze soltar mi lengua.
Ya junto al palo lo digo
donde mi muerte contemplo,
porque otros tomen exemplo,
señora, con mi castigo.

Porque no pueda quexarme,
deste mal que me hiziste
muy gran aviso tuviste,
señora, en desengañarme;
mas para tan grave daño,
en más uviera tenido
qualquiera favor fingido,
que todo tu desengaño.

Si el desengaño pensavas
que era quitar la ocasión
de quexar de mi passión,

a ti misma te engañavas;
porque según me han tractado
tus fines y presuppuestos,
cien mil desengaños destos
diera por ser engañado.

Tengo por muy cierta cosa
(o yo devo de estar loco)
que deves tener en poco
ser muger, y tan hermosa;
que si en algo lo tuvieras,
está claro que algún día
de ver la fatiga mía
como muger te dolieras.

Mas en tus crudos conceptos
clemencia no pone pausa,
y quien no estima la causa
córrese de los effectos.
Desprecias muy sin razón
ser muger, y tan hermosa;
córreste de ser piadosa,
que es su effecto y condición.

Dirías si te dixessen
que es verte mi perdición,
que tú no diste ocasión
a que mis ojos te viessen.
Ya, señora, es manifiesto
que essa ocasión no la diste,
mas tampoco la tuviste
de aborecerme por esto.

¿Qué te costava, me di,
escusarme esta partida,
pues me cuesta a mí la vida
ver que me aparto de ti?
¿O por qué tu gran porfía
consientes que me destruya,
si a tan poca costa tuya
puedes escusar la mía?

Ya he sufrido disfavores,
desdenes, celos mortales,

pena, olvido y quantos males
pueden hallar en amores;
mas no aver sufrido ausencia
me saca fuera de tiento,
porque es sobra de tormento
la falta de la experiencia.

Pero pues lo he de passar,
consiénteme, mi señora,
que ya que me parta aora
que sea para tornar;
porque el mal me dé a entender
cómo lo podré sufrir;
después mándame partir
para nunca más bolver.

Mas todo esto es escusado;
yo, señora, partiré,
e un solo bien llevaré,
que es partir por tu mandado;
e pues lo que me es tormento,
señora, te es alegría,
determino a costa mía
comprarte el contentamiento.

Fin

Montemayor

A un libro de sus obras que vio a una dama en la mano

Libro, si tan bien librara
(por verte donde te vi)
que te trocaras por mí,
por ninguno me trocara;
ya no puedes librar mal,
¡o, libro tan bien librado!
pues de embidia del traslado
se muere el original.

Agena

-¡Carillo, allégate acá!
-Di, ¿qué me quieres, zagal?
-Quiérote contar mi mal.

MONTEMAYOR

-¡Carillo, llégate aquí!
Habla de lexos, pastor,
que hoy de miedo de amor
no osaré llegarme a ti.
Habla si quieres de aý,
que llegarme allá, zagal,
no lo consiente tu mal.

Consuela, pastor hermano,
al que de amor hirió de hecho;
no ay cosa más sin provecho
que es el consuelo de un sano.
Mi seso tengo en la mano;
no quiero cuentas, zagal,
de amor, de ti, ni del mal.

A una dama

Mostrándosele muy contento de su pena

Si Amor pudo saltearme
con causa tan justa y buena,
¿qué más bien ay que mi pena,
o en qué puede más mostrarme
lo que en mi favor ordena?
Y lo que mis ojos ven
¿con qué precio se comprara,
o qué coraçón bastara
a recebir tanto bien,
si el mal no se le llegara?

Ando tras mi pensamiento
tan covarde, que he tenido
causa d'estar aborrido,
y aun de ver su atrevimiento
quedar mil vezes corrido;
que si algún dolor padezco,
sé que no soy digno dél,

salvo si en virtud de aquél
mi pensamiento merezco
por haver pensado en él.

Algo menos padesciera
y menos dolor passara
(aunque Amor me sujetara),
si vuestra merced no fuera
la que a mí me lastimara;
mas aunque mi pena es tal
que estoy de congoxas lleno,
sé sentir en lo que peno
que fuera bueno mi mal
si el bien no fuera tan bueno.

Es mi fatiga tan grave,
que mil vezes desatino
e otras cien mil determino
que en mi concepto no cabe
lo que de vos ymagino.
Y como me siento assí,
estoy en tanta agonía,
que si hallasse una vía
para ymaginar sin mí,
de mí mismo huyría.

Aunque después de mirado
cómo Amor me salteó,
entiendo que pues estó,
Señora, en vos transformado,
ninguno es mejor que yo;
y pues por maravillosa
orden de vos me vencí,
podéys entender d'aquí
que soys en mí toda cosa
si cosa buena hay en mí.

Y con sola esta razón
podré muy bien defenderme
de Amor, que por ofenderme
porná en vuestro coraçón
mil causas de aborrescerme;
mas esto déxelo atrás
el que no piensa ofenderos,

pues sabéys que basta veros
al que no os quiere por más,
Señora, que por quereros.

Y este mi contentamiento
no puede quitallo Amor,
porque lo siento mayor
que puede ser el tormento
que da vuestro disfavor.
Venga el Amor a estorvarme
algún bien si se me ordena,
quíteme el fin de mi pena,
que en fin no podrá quitarme
tener mi passión por buena.

Canción

Aunque, Señora, me muero,
el morir no me atormenta,
porque el alma se sustenta
en virtud de lo que os quiero,
que no á sido el cuerpo, no,
quien tal tormento meresce;
sola el alma es quien padece
desde el punto que os miró;
y aunque otra gloria no espero
que por vuestra causa sienta,
baste ver que se sustenta
en virtud de lo que os quiero.

A una dama

A quien tuvo el espejo en quanto se tocaba

De merced tan estremada,
ninguna deuda me queda,
pues en la misma moneda,
señora, quedáys pagada;
que si gozé estando assí
viendo delante de mí

rostro y ojos soberanos,
vos también, viendo en mis manos
lo que en vuestro rostro vi.

Y esto no os parezca mal,
que si de vuestra hermosura,
vistes sola la figura
e yo vi lo natural,
un piensamiento estremado,
jamás de amor subjetado,
mejor ve que no el cativo,
aunque el uno vea lo vivo
y el otro lo debuxado.

Glosa de *Justa fue mi perdición*

Ser ganado el que perdió
en la razón lo busqué;
mas, como no se halló,
dixo Amor: «Supla la fe
donde la razón faltó»,
porque tan alta ocasión
entendella es confusión,
e no se ha de consentir
que en tal caso la razón
sirva más que dezir
justa fue mi perdición.

No ay coraçón tan robusto,
que no tenga este dolor
por cosa muy a su gusto,
y aun es muy de pecador
no conocello por justo.
Yo por tan justo lo siento,
que me da contentamiento
más que donoso sentir
si pensasse el sentimiento
que sirve sólo en dezir
de mis males soy contento.

La sperança al padecer
jamás le puede afinar,
porque si espera vencer

diminuye en esperar
las quilates del querer.
Ved si en mí hago razón,
pues que mi misma passión,
Señora, me á castigado
porque dixo el coraçón,
como si uviera esperado,
ya no spero gualardón.

Sola vos me distes ser,
mi alma os está subjecta,
y aun haze con su poder
que el cuerpo no s'entremeta
sino en solo padecer;
el qual a mi pensamiento
pregunta si lo que siento
es causa de tanto bien,
y él dize «no lo consiento»;
torna a preguntar «¿Pues quién?»
Pues vuestro merecimiento.

Todo el merecer que veys
en todas de vos le cobran;
vos sola las mantenéys
con las migajas que sobran
de lo que vos merecéys,
que en ver vuestra perfición
sola sin comparación
tristes y invidiosas biven,
y aquí se ve mi razón,
pues la passión que reciben
satisfizo mi passión.

Yo no puedo estar quexoso
de verme tan bien perdido,
pues fue don maravilloso
que, siendo de vos vencido,
quedasse tan vitorioso;
que si el alma está vencida
recibe gloria subida
en vuestra contemplación,
y aunque veys que está rendida,
sola esta ymaginación
es vitoria conoscida.

Quien de aver sido enseñado
le aviendo él enseñar,
parece serle otorgado
el poder de castigar
de aver sido castigado;
pues si quien os á servido
deve ser obedecido,
no os abaxéys a offenderme,
que hasta verme rendido
bien basta para vencerme
quien de vos queda vencido.

Hize tal recibimiento
a dolor tan grave y duro,
que en mi mismo entendimiento
derribé un lienço del muro
por do entrasse el pensamiento;
e mi alma aunque vencida,
con una gloria subida,
luego a recebille fue,
porque es cosa conocida
que en cosa más no gané
que en perder por vos la vida.

Ser perdido y ser ganado
ya dixe que no se halla
sino en sólo mi cuydado,
do qualquiera razón calla,
porque está bien empleado
en verme de vos vencido.
Tengo, Señora, creído
que es la vida estar difunto,
y tras esto he conoscido
que en sentir solo este punto
es ganado el que es perdido.

La razón no tuvo ser
hasta que Amor se le diesse,
y aun hizo con su poder
que en ella razón no fuesse
lo que no fuesse querer;
y assí fue mi coraçón
trasformado en mi passión

para nunca despedilla,
pues luego mi perdición
¿quién dexa de consentilla,
pues lo consiente razón?

Quien sentenciado se halla
publícanselo en presencia,
y si lo consiente y calla,
en consentir la sentencia
da lugar a executalla.
Yo que sentenciado siento
por muestras del sentimiento
este coraçón que os di,
con libre conocimiento
porque esecutéys en mí
consiento mi perdimiento.

No ay falta que mayor fuesse
para un hombre en esta vida,
que si sobre quien quisiesse
como en cosa merecida
discantasse el interesse.
No es nada aver afición,
ni es nada tener passión,
ni es nada morir por veros,
que no está la perfición,
Señora, sino en quereros
sin esperar galardón.

Lo menos que en vos sentí
es lo más que en otra sé,
y lo más que siento en mí
es la gloria que gané
quando por vos me perdí.
Yo dentro en mi pensamiento
contino por más os cuento,
que ante vos todo es menor.
El nombre de más no siento
quién lo merezca mejor
que vuestro merecimiento.

Concluyo y digo que muero,
mas en fin vos me matáys,
y en pago de lo que espero

no quiero que me queráys,
sino que sepáis que os quiero;
y tomo por conclusión
para más satisfación
de lo que en serviros siento,
que no quiero galardón,
pues solo mi pensamiento
satisfizo mi passión.

Canción agena

No hallo a mis males culpa,
porque en mi terrible pena
la causa que me condena
me disculpa.

GLOSA DE MONTEMAYOR

No merece pena aquél
(aunque la tenga mortal)
quando la causa de mal
le quita la culpa dél;
y pues está mi disculpa
en ser la causa tan buena,
bien puedo yo tener pena,
mas no culpa.

A muerte estoy condenado,
y aunque lo tenga por cierto,
si por mi culpa soy muerto
fuy dichoso en ser culpado.
Al morir tengo disculpa,
porque en mi alma se suena
que lo mejor de mi pena
es la culpa.

Todo es poco lo possible

Glosa

Yo lo impossible pretendo,
y quien ama á d'entender
que aquello que va pidiendo

ya pierde en pidiendo ser
lo que vale no pidiendo;
qualquiera plazer visible
ningún provecho me tiene,
que para mal tan terrible,
si lo impossible no viene,
todo es poco lo possible.

Otras

Después que, Señora, os vi
y estuve certificado
de lo que Amor á ordenado,
vuestro merecer midí
con mi passión y cuydado;
y si de antes mi tormento
procedió de mi querer,
aora no, sino de ver
que a vuestro merescimiento
no llega mi padescer.

Mi mal no tiene medida
en quanto duro y cruel,
mas quanto al sujeto dél
es cosa muy conocida
que á de aver medida en él;
pues si vuestra perfición
jamás se pudo medir
y ay medida en el sentir
por falta del coraçón,
¿como escusaré el morir?

Aunque el coraçón su mal
sufre y en él se assegura,
el medillo es cosa dura
porque el uno es natural
y el otro sobrenatura;
y si el uno rastreando
alcança quién le condena
no es porque el seso lo ordena,
mas de ver a otro penando
viene a conoscer que pena.

Haze la pena sentirse
que en fin es passión de amor,

a do qualquiera dolor
es más malo de encubrirse
que de sentille mayor.
Si lo voy a descubrir,
la razón no lo consiente,
y assí el mal que más se siente
se da menos a sentir
con este nuevo accidente.

Sano me fuera juzgaros
primero que yo os amasse,
mas quiso Amor que os juzgasse
después que me hizo amaros
porque antes no me estorvasse;
y porque, siendo juzgada
después de tan alto ser,
me doblasse el padecer
en ver que mi pena es nada
según vuestro merecer.

Natural es el amor,
por naturaleza viene,
mas el que en mí se contiene
es otro nuevo dolor
que al natural sobreviene;
y por mostrar vezindad
haze fuerça a la razón,
e aun fuerça la complexión,
haziendo una qualidad
entre él e mi coraçón.

Y házeme parecer
que ya merezco mi pena,
y es justo siendo tan buena
que tenga en tanto mi ser
quanto Amor quiere y ordena
e al coraçón engrandesce;
mas como afirma en el viento,
resvala el merescimiento
e cayendo assí parece
edificio sin cimiento.

Y si la vida sostengo
con tan estraña passión,

es, Señora, la ocasión
sentir que al amor os tengo
le precedió la razón;
la razón, digo, de amaros,
pero no de mereceros:
forçóme Amor a quereros
e libróme el dessearos
en cambio de solo veros.

Glosa de «La bella malmaridada»

Bien acertara Natura
si menos beldad os diera,
que al vaso de hermosura
no estar lleno, en él cupiera
una poca de ventura;
mas como se aposentó
en vos perfición sobrada,
donde fuesse aposentada
la ventura no halló,
e por nombre se os quedó
la Bella malmaridada.

Prosuponiendo juntarse
naturaleza a un efeto
con fortuna, y señalarse
ambas, buscaron subjeto
do podiessen estremarse;
y como el ser recibiesses
ambas se fueron a ti,
y una dellas te dio un sí
que a un baxo marido diesses;
la otra ordenó que fuesses
de las más lindas que yo vi.

Y assí quedaste agraviada
de las dos en toda cosa,
de una en ser tan mal casada,
de otra en hazerte hermosa
para ser mal empleada;
y pues te estremó la una
como rosa entre las flores,
solo porque a tus primores

no perjudique ninguna,
no sepa de ti fortuna
si has de tomar amores.

Para que tu fundamento
no deshaga su poder,
ni haga su movimiento
que diminuya tu ser
baxeza de pensamiento;
mas si, Señora, hallares
que ninguna llega a ti,
y siendo casada assí
de menos te contentares,
quando a tal tiempo llegares
vida, no dexes a mí.

Fin

Las obras de Juan Vázquez de Ayora

llegando a la corte, y siéndole forçado partirse luego

Siempre fue mejor el ser
que el no ser pudo aver sido,
y assí es mejor el nascer,
aunque se aya de perder,
mejor que no aver nacido.
E assí yo el aver venido
para averme de partir,
aunque el partirme es morir,
tengo por mejor partido.

RESPUESTA DE MONTEMAYOR

Quien esto pudo entender
del modo que lo ha entendido,
libre está a mi parescer,
que el amor pierde su ser
siendo a razón sometido;
si es Amor quien le hay traýdo,
bien tengo que le argüir,
y si no, no ay que dezir,
como libre lo ha sentido.

Fin

Al sereníssimo Príncipe de Portugal

Quando se embió a desposar por poderes con la sereníssima Princesa Doña Juana, Infanta de Castilla.

Príncipe muy poderoso
(a quien Dios tanto estremó),
esta Princesa que os dio
haze a Portugal dichoso,
pues tales dos meresció:
ella es una
tal, que domó la fortuna,
por lo qual permite Dios
que no aya otro como vos,
pues no ay como ella ninguna.

Vos en favorable estrella
nascistes, pues alcançáys
más de lo que ymagináys,
y en la misma nasció ella;
pues vos le participáys,
no podéys
pedir más, pues que tenéys
la que en el alma floresce,
que si ella por sí os merece
vos por vos la merecéis.

Entre los dos no ay distancia,
ygual soys dalfín e dama,
e Dios que a música os llama
da en los dos la consonancia
y el eco suena en la fama;
y entendemos
todos los que os conoscemos
de tan admirable son,
ser el medio quantos son
e vosotros los estremos.

Y este estremo no es vicioso,
antes tiene gran primor,
que aunque el medio es el mejor
en sugeto virtuoso,
siempre el extremo es mayor;
y entre nos
os estremastes los dos

tanto, que no fue nacido
para ella otro marido,
ni otra muger para vos.

Vuestra Alteza muy contento
estará en ver retratada
esta Princesa estremada,
y en su mismo entendimiento
la terná assí imaginada,
pues Su Alteza,
su hermosura e grandeza,
no cabe en pinzel ni talla,
aunque venga a retratalla
la propria naturaleza.

Según ha hecho el Amor
en los dos un mesmo effeto,
verá quien fuere discreto
que os hizo el Sumo Pintor
ambos de un solo subjeto,
porque siento
que aunque Amor funde en tormento
otra qualquier afición,
lo que en otros es passión
será en vos contentamiento.

Portugal queda obligado
a Castilla, pues le dio
la que natura extremó;
y ella a él, pues le ha guardado
quien solo la mereció,
que si avida
es por tan alta y subida,
y vos por el semejante,
justa es paga tan bastante
a deuda tan conoscida.

No me atrevo a dezir más,
baste ya mi atrevimiento,
que a tan alto ayuntamiento
donde echa Dios el compás
no llega mi entendimiento,
pues ninguna
no llega a esta clara luna

y a vos sol no llega alguno,
aquél que os ajunta en uno
os haga hazer la fe una.

Villancico pastoril

-Di, Juan, ¿de qué murió Blas,
tan moço y tan mal logrado?
-Mía fe, Gil, de desamado.

GLOSA DE MONTEMAYOR

-Murió con muy gran contento,
aunque muerte le aquexava,
porque en su alma llevava
la causa de su tormento.
Nunca se vio pensamiento
en amores tan fundado,
ni zagal tan desamado.

-¿Y qué dixo, di, Carillo,
quando se vido mortal?

-Que mayor mal de su mal
era el no poder dezillo;
jamás quiso descubrillo,
mas fue mal galardonado,
pues murió de desamado.

-Quando el dolor le arreziava,
di, ¿qué le oýste dezir?

-Que el no acabar de morir
era lo que le matava,
y que todavía amava
sobre estar certificado
que muere de desamado.

-Quando morir se quería,
¿qué dixo a su mala suerte?

Que era menos mal la muerte
que el dolor de que muría;
y si otra cosa dezía

siempre acabava el cuytado
con «Muero de desamado».

-¿Qué dixo al postrer momento
estando ya de partida?

-Sús, acábese la vida,
pero no mi pensamiento;
y sin otro movimiento
dio el alma a Dios el cuytado
que murió de desamado.

Agena

-Di, zagala, ¿qué harás
quando veas que soy partido?

-Carillo, quererte he más
que en mi vida te he querido.

MONTEMAYOR

-Después que d'aquí partiere,
¿qué harás, zagala, di?

-Estaré fuera de mí
el tiempo que no te viere.

-Pues dime, ¿en qué passarás
tiempo tan aborrecido?

-En pensar si olvidarás
a mí, que nunca te olvido.

¿Por qué sospechas mudança
en tan constante amador?

-Porque nunca mucho amor
vino sin desconfiança.

-Pues dime, ¿qué sentirás
si sospechas que te olvido?

-Tanto el mal sentiré más
quanto el bien fue más crecido.

-Antes desta mi partida,
¿qué sientes en ver quál ando?

-Que me están ya confessando
para quitarme la vida.

-Según esso, morirás,
zagala, en siendo partido.

-Sí haré, pero sabrás
que aunque muera no te olvido.

-¿Cómo puedes tú morir
si mi alma va contigo?

-Porque no queda comigo
la mía en verte partir.

-Pues que la tuya me das,
¿de la mía qué has sentido?

-Lo que sin mí sentirás,
si es verdad que me as querido.

Agena

Véante mis ojos
y muérame yo luego,
dulce amor mío
y lo que yo más quiero.

MONTEMAYOR

A trueque de verte
la muerte me es vida;
si fueres servida,
mejora mi suerte,
que no será muerte
si en viendo muero,
dulce amor mío

y lo que yo más quiero.

¿Do está tu presencia?
¿Por qué no te veo?
¡O, quánto un desseo
fatiga en absencia!
Socorre paciencia,
que yo desespero
por el amor mío
y lo que yo más quiero.

Agena

-¡A, Pelayo!, que desmayo.
-¿De qué?, di.
-D'una zagala que vi.

MONTEMAYOR

-¡A, Pelayo!, ¿dónde estás?
Si su rostro ver pudieras
y contino no la vieras,
no te pudieras ver más.
¡Ay, que muerto me verás!

-¿De qué?, di.

-D'una zagala que vi.

-Di, por tu vida, garçón,
¿es blanca aquessa donzella?

-Carillo, delante della
queda la nieve carbón.
¡Ay, que di mi coraçón!

-¿A quién?, di.

-A una zagala que vi

-Dime, pues es començado,
¿qué ojos tiene tus amores?

-Parece que son señores

de todo lo que an mirado.
¡Ay, que me muero cuytado!

-¿De qué?, di.

-D'una zagala que vi.

Agena

No soy yo quien veys bivir,
no, no, no,
sombra soy del que murió.

MONTEMAYOR

Bive en mí solo un contento
de no ver fin a mi mal,
y aunque el cuerpo está mortal
siempre bive el pensamiento;
este solo fundamento
me quedó
por sombra del que murió.

Bien sé que soy, mas mi ser
es como sombra o figura,
que la más biva pintura
se quedó en vuestro poder;
y en fin voyme a conocer
si soy yo,
y hállome el que murió.

Ya estoy muerto, ya me dexo,
mas no entiendo este vocablo.
Si estoy muerto, ¿cómo hablo?
Si bivo, ¿de qué me quexo?
Yo me acerco, yo me alexo,
yo soy yo,
yo sombra del que murió.

No entiendo este desconcierto,
salvo si al cuerpo cativo
lo dexa el ánima bivo
para dezir que está muerto.
Esto deve ser lo cierto,

pues que yo
soy sombra del que murió.

Agena

Dame acogida en tu hato,
zagala, que Dios te duela,
cata que en el monte yela.

MONTEMAYOR

-Acógeme, pues me quedo
triste y solo en este llano.

-La respuesta está en la mano,
pues pides lo que no puedo.

-¡Ay, que no podré ser ledo
hasta que mi mal te duela!
Cata que en el monte yela.

Di, ¿por qué eres tan cruel
que en mi mal no das un medio?

-No quiero darte remedio
por no quedar yo sin él.

-Ved qué presupuesto aquél,
o me mata o me consuela.
Cata que en el monte yela.

¿Por qué no quieres, pastora?

-Pastor, porque no me atrevo,
y por lo que a mí me devo
no te acogeré a tal ora.

-Poco importa esso, Señora,
ábreme assí, Dios te duela.
Cata que en el monte yela.
-¿Por qué no importa, pastor,
poner yo mi honrra delante?

-Porque no es cosa importante
todo lo que no es amor.
Hazme aora este favor,
pastora, que Dios te duela.
Cata que en el monte yela.

De don Rodrigo Dávalos

¡Ay, triste de mí!, ¿qué he visto?
Una zagala tan bella
que diera ya por no vella
la gloria de avella visto.

MONTEMAYOR

Hablo como apassionado,
que pues vi tal perfición,
bien me paga mi passión
la gloria de aver mirado.
De la pena no desisto,
y aunque esfuerça el padecella,
más quiero pena por vella
que gloria y no avella visto.

Sólo un dolor desygual
ay aquí que desatina,
y es que á de ser medicina
lo que fue causa del mal.
Ved si cumple estar bienquisto
con mis ojos viendo aquella,
pues he sanar con vella
del dolor d`avella visto.

De don Rodrigo Dávalos

En el bien soy estrangero,
y en el mal
mucho más que natural.

MONTEMAYOR

Quiso Amor, do mi firmeza
contino estuvo segura,

que lo que fue mi ventura
fuesse mi naturaleza;
en el bien diome tristeza
y en el mal
me asentó por natural.

Y fue muy justo que fuesse
mi naturaleza tal,
antes que el uso del mal
en ella se convertiesse,
porque el dolor se hiziesse
más mortal,
no siéndome natural.

Carta

Si piensas, señora mía,
que te scrivo por moverte,
mil años ha que mi suerte
desengañó mi porfía.
Hágolo porque de hecho
sientas cómo me has tractado;
mas ¡o, travajo escusado
para tan poco provecho!

Quántos sospiros al viento,
quántas lágrimas y enojos,
quánto poner en los ojos
todo mi contentamiento;
quánta pena, quánto daño
y quán continua tristeza,
quánto amor, quánta firmeza
me ha pagado un desengaño.

Quántos días speré
por las noches lamentando,
y quántas noches velando
por los días sospiré;
y quántas mi corazón
te esperava de hora en hora,
por ver si el tiempo, señora,
mudava tu condición.

Pero todo ha sido en vano,
y no es mucho ser assí
porque tu voluntad vi
contino puesta en tu mano.
Guárdala con gran porfía,
mira no se desordene;
cata, señora, que viene
un día tras otro día.

No que se mude por mí,
sino por quien sea contigo
como tú fuyste comigo
en no dolerse de ti;
que, o yo, señora, estoy loco,
o el tiempo te dará fe
del mal o del bien que fue
tener mi amor tan en poco.

Y no digo esto, cruel,
aunque me ves qual me veo,
porque algún mal te desseo,
mas por avisarte dél;
e avisarte a tal sazón
es de leal servidor,
porque en las deudas de amor
haze el tiempo execución.

Perdida la libertad,
perdido el contentamiento,
e subjecto mi tormento
a sola tu voluntad
me tienes, no sé por qué.
¿Qué es esto, señora mía?
¿Es cierto que tu porfía
es mayor que no mi fe?

Bien sé yo que no es mayor,
aunque su effeto la estrema;
mas guárdeos Dios de una tema
si es fundada en desamor;
que ni allí basta firmeza,
fe, ni amor, ni confiança,
antes falsar la esperança
se tiene por gentileza.

Quando yo triste me quexo
de lo que me hazes sentir,
mil cosas te vo a decir,
e unas por las otras dexo;
de una passión tomo un poco,
a otra voy, e aquella suelto,
y de suerte va revuelto
que al fin me tienes por loco.

Mas estando en tu presencia,
¿quién podrá dezir su mal,
si verte tan cruda y tal
ves que no me da licencia?
Y assí, quando está presente,
la que al hombre haze morir
no deve mucho sentir
quien dize bien lo que siente.

Bien puedo provar contigo
el mal que passo en amarte,
que, pues no quieres ser parte,
bien podrías ser testigo;
mas no pienses que proballo
puede en más aprovecharme,
señora, que en alabarme
del dolor que sufro y callo.

Y porque conozca amor
cómo eres desconoscida,
y quán mal gastas la vida
de un tan cierto servidor,
que como ya dixe atrás
podría ser, mi señora,
que de lo que passo aora
me bolviesses el demás.

Dexe ya esta condición,
de todos abominada;
mas, ¡o, cómo es escusada,
señora, esta petición!;
que quien quisiere moverte,
según mil vezes lo apruevo,
es menester que de nuevo

buelva otra vez a hazerte.

Yo sé por ciertos indicios
que alcançara gualardón
quien según la inclinación
acertare los servicios;
mas es tal tu calidad,
o por virtud o por vicio,
que nunca he visto servicio
que acierte a tu voluntad.

No te quexes si te digo
alguna cosa en que exceda,
pues haze amor que no pueda
acabar menos conmigo;
y si lo tienes por mengua
responde, señora mía:
si no calla tu porfía,
¿cómo callará mi lengua?

¿Cómo podré yo comigo
en dexarme de quexar
si dexarme de matar
tú no lo puedes contigo?
Luego paresce razón,
ya qu'el remedio me alexas,
que assí me sufras mis quexas
como yo tu condición.

¿Quién pudiesse no quererte,
o hallasse alguna vía
por donde, señora mía,
viniesses de mí a dolerte?
Mas, ¿qué digo, desdichado?
Perdona, que el mal que habló,
más bien es amarte yo
que mal verme desamado.

Pues buelve ya, mi señora,
essos tus ojos crueles;
di, fingiendo, que te dueles
deste triste que te adora:
que si el tiempo lo concierta,
con sus ydas y venidas,

de muchas cosas fingidas
viene a hazerse una cierta.

Mas ¡qué necedad la mía,
sperar favor de quien
ha puesto todo su bien
en verme sin alegría!
¡O, cruel, que si sintiesses
lo que me hazes passar,
ayudarme ýas a llorar
ya que otro bien no hiziesses!

No quiero passar d'aquí,
que según me va contigo
sé que en todo quanto digo
voy, señora, contra mí;
e si en algo me he ayudado
de aquí lo doy por ninguno,
que no quiero bien alguno,
siendo fuera de tu grado.

Fin

Sonetos y canciones y otras cosas

A la medida del verso italiano de Jorge de Montemayor

En este soneto primero presenta un testigo de aver passado por los effectos de amor que en ellas escrive

Diversidad de efetos e ocasiones,
casos jamás oýdos ni pensados,
estraños movimientos que mirados
verán del crudo amor mil sinrazones

pienso mostrar, señora, en mis renglones;
a do estarán más bivos que pintados
y a do escarmentarán los que aún tocados
no están del mal de amor y sus passiones.

Y si alguno por dicha no creyere
que tal passó por mí, ni que en mi vaso
podía esto caber por algún arte,

con vos pienso provar lo que dixere:

que vos, pues soys mi musa y mi Parnaso,
podréys ser buen testigo, aunque soys parte.

Soneto

Un nuevo amor, un nuevo movimiento,
una esperança nueva, un nuevo zelo,
la libertad me an puesto por el suelo
y al cielo me an subido el pensamiento.

Vivía entre descuydos muy contento,
ya no tenía de amor algún recelo,
sirvía yo a los tristes de consuelo,
e aora no le hallo a mi tormento.

Remedio no le ay ni me aprovecha,
que amor todos los medios me ha quitado
para poder salvarme desta hecha:

mirad, coraçón mío, en qué ha parado
estar vos e mi alma sin sospecha,
y el sufrimiento ocioso y descuydado.

Respuesta de una dama que le dixo que la absencia era mal que se podía sufrir

Soneto

Aora esté cautivo el triste amante
de quien sentir no quiera su cuydado;
aora esté de celos lastimado
e no pueda mostrallo en su semblante;

aora la fortuna en un instante
lo venga a derribar de un buen estado;
aora un fino amor esté empleado
en coraçón de mármol o diamante,

para qualquiera mal terná paciencia;
mas guárdeos Dios del triste que'stá ausente,
que allí no ay ser, ni seso, ni prudencia.

Pues si esto es clara cosa y evidente,
el amador que sufrir puede absencia,

no es amador, o ama e no lo siente.

Soneto

Mirávades un monte, mi señora,
no sé por qué, sino por engañarme;
queríades con mirallo assegurarme
d'aquel que por mi mal miráis aora.

¿Sabéys que fue engañarme engañadora,
o si no á sido engaño el olvidarme,
en lealtad e amor acrecentarme,
y a vos hazer que os juzguen por traidora?

Con un dulce mirar, con un sospiro,
que a sólo ymaginallo m'entretengo,
de amor mostrando al mundo clara muestra,

dixistes este monte amo e miro
por el mayor que yo en mi alma tengo:
falsedad bien digna de ser vuestra.

Partiéndose para la guerra e poniéndole una dama delante los peligros della y de la mar

Soneto

No las superbas ondas del Océano,
no las desiertas playas peligrosas,
ni las tormentas bravas y espantosas
de esfuerço e valentía es muy en vano;

no el cauteloso exército romano
no las francesas armas belicosas,
ni las peleas sangrientas y dudosas
muy más que las del Griego y el Troyano,

podrá temer, señora, el que á passado
por un tan gran peligro como á sido
un solo punto estar de ti apartado.

Ora por mí el Francés quede vencido

y el nuestro gran Felipe sublimado,
que más hize en partir do no he partido.

A un casamiento de la dama

Soneto

Dexóme mi temor, y en tal estado,
que veo junto a mí lo que temía,
segura está de oy más mi fantasía,
de absencia, amor, fortuna, tiempo y hado.

De toda cosa estoy assegurado
y es tal do vos dé oy más de mi porfía;
no es falta esto de fe de parte mía,
de vuestra parte sí, pues me á faltado.

La nueva compañía os dé el contento
que vos me avéys robado, y creed que veo
el poco que perdéys de lo que siento.

Aver más que esperar, yo no lo creo;
y pues perdí mi bien en un momento,
a Dios mi confiança, a Dios desseo.

Yéndose el autor a Flandes

Soneto

Que el alma al que bien ama se despida
y muerte allí le ataje el fundamento;
qu'el desarmado pierda el sufrimiento
y no espere remedio a su herida.

Si acaso sufrir puede una partida,
no tiene qué temer su pensamiento,
que pues valer se pudo en tal tormento
no avrá mal que le espante en esta vida.

Mas si el amor leal como el fingido
se muda con absencia, y aun sin ella,
y este mudarse no ay quien lo resista,

Partido fue, Señora, aver partido,
que, si á de aver mudança, el conocella

de oýdas es mejor que no de vista.

Soneto a la señora Laura, dama de la Princesa de Salerno, a quien el autor oyó cantar

Si a Laura el gran Toscano celebrava,
y el Lauro al claro Febo enternecía,
y Orpheo hasta los dioses suspendía,
y aun al abismo escuro penetrava.

Todo esto, illustre Laura, figurava
tu ser, tu hermosura y melodía,
pues todo de ti fue una prophecía,
que a nuestra edad dichoso señalava.

Tú diste al mundo un ser alegre y nuevo
y todo es poco en fin para servirte,
que en él no llega alguno a merecerte.

No ay más Lauro que tú delante Febo,
no ay más Orpheo que oýr, después de oýrte,
ni ay más Laura que ver, después de verte.

Soneto

Los ojos puestos en el alto cielo,
las lágrimas corriendo de una en una,
vi estar una pastora que ninguna
tan triste y tan hermosa vi en el suelo;

diziendo: «¡O, mi pastor!, ¡o, mi consuelo!,
de quien jamás creý mudança alguna,
¿porné la culpa a ti o a mi fortuna?
¿Quién causa de los dos mi desconsuelo?

No quiero yo culparte ni he querido;
a mí me culparé: si yo no fuera,
tu olvido no me diera cruda muerte.

Yo lo causé en creer tu amor fingido:
pluguiera a Dios que nunca te creyera,

que bien podía quererte y no creerte.

Soneto

En tanto que me dexa el pensamiento
(que no me dexa mucho aunque yo quiera)
me ponga a ymaginar si avría manera
para huyr de amor, mas no la siento.

Es aire ymaginar que del tormento
del no esperar el bien que yo quisiera,
se sacara ocasión, que si assí fuera
amor no fuera amor, mas fuera un viento.

¿Qué cosa para mí dezir que absencia,
desseos, temores, celos, si los creo,
harán en fino amor mudança alguna?

Pregunto al que de amor tiene esperiencia:
¿qué parte es la passión ni aun el desseo,
do no lo es tiempo, muerte, ni aun fortuna?

Canción

La vida cansa, el cuerpo está afligido;
súfrelo el alma ya pesadamente,
no puede más, ni yo podré culpalla:
tiénela enflaquecida el mal que siente
y casi está la triste sin sentido
y aún no quiere la muerte descargalla.
No basta procuralla
ni la razón estar muy de mi parte;
en fin yo no soy parte
para poder comigo,
mas ¿quién podrá consigo?
¿O quién, ¡o crudo amor!, podrá olvidarte,
aunque ordenen los hados
tristes casos de amor jamás pensados?

La fuerça desfallece, y no es tan poco
llegar a entender yo que desfallece,
según estoy confuso y trasportado.
Esta passión de amor contino crece;

yo hablo como cuerdo estando loco,
mill novedades veo en mi cuydado.
¡O, infelice hado,
jamás visto o pensado en otro alguno!
Si el ayrado Neptuno
a Ulisses perseguía,
¿Minerva qué hazía?
Mas yo, que a tierra y cielo só importuno,
para mí veo guardados
tristes casos de amor jamás pensados.

Penélope esperó de día en día
jamás pudo perder su confiança
teniendo tantas causas de perdella:
¡quán al contrario ha sido mi esperança,
pues dando alguna muestra de alegría
jamás hallé razón para tenella!
¿De quién terné querella
sino de mí? Y aun no ay razón bastante,
que quien tan adelante
passó su pensamiento,
¿qué más merecimiento?
¿Quién ay que por amor más se levante?
Mas veo en mis cuydados
tristes casos de amor jamás pensados.

¡Qué lexos los de amor, para de lexos
mirarlos, e jamás hallarse en ellos,
ni tener que passar por la memoria
hermoso rostro, dorados cabellos
que entran por los ojos, cuyos dexos
mil penas dan a trueque de una gloria!
Y allí la triste historia
del sin ventura amante está esculpida
y alárgale una vida
pesada e importuna,
por fuerça la fortuna,
porque a su pena muerte no la impida.
¡O effectos desdichados!
¡Tristes casos de amor jamás pensados!

Alcé mis ojos fuera de sospecha
de lo que fue después, e assí va todo
según son desvariados los successos.

Tu hermosura vi sin ver un modo
con que escapasse el alma, e desta hecha
en ella hizo amor graves excessos,
en agenos processos
de amor, que en algún tiempo me lehían,
oý que padescían
e, aunque me acuerdo dellos,
mi mal no es como aquéllos,
porque el amor vio luego que serían
en mi bien empleados
tristes casos de amor jamás pensados.

Voyme de mí, e no sé dó me vaya;
entre este pensamiento y el partirme
algunas vezes paro, e me suspendo;
con gran ímpetu salgo para yrme,
mas házeme el amor parar a raya,
e quedo luego tal que no me entiendo.
Después estoy diziendo:
«¿Estoy desatinado, o qué es aquesto?
¿No me es ya manifiesto
lo que el amor ordena?»
¡Ay, que para más pena
me da a entender el falso haver propuesto
que en mí sean hallados
tristes casos de amor nunca pensados!

Faltar la vida, no me haría falta
quiçá que sería fin de un mal tan grave,
mas siempre el triste vive luengamente.
¡Amor de oýdas, cómo eres suave!
Mas ¡ay del que su causa vee tan alta
que la pierde de vista e no lo siente!
Quien sufre este accidente
e va creciendo en él de día en día,
quien pierde su alegría,
quien ama e no es amado,
quien ha sido olvidado,
¿por qué no viene a ver esta alma mía
do son executados
tristes casos de amor jamás pensados?

Si alguna vez me dize mi desseo
que mire mi tormento, e miro en ello

según mis speranças fueron locas,
para cada fación, cada cabello,
cada bolver de ojos que yo veo
son menester mil vidas e son pocas.
Amor, ¿por qué te apocas?
¿Piensas llevar de mí nobles despojos?
Gastadme mis enojos,
que, pues el fuego arde.
para llorar ya es tarde,
Ya no puedo llorar, porque estos ojos
me tienen agotados
tristes casos de amor jamás pensados.

Canción, para hazerte amor movía
la pluma y fantasía,
que yo padezco el mal, mas no lo entiendo:
sólo de ti pretendo
publiques que a mi alma son llamados
tristes casos de amor jamás pensados.

Soneto

Si un vano imaginar, un claro engaño
jamás pudo mover un pensamiento,
ni hazer el crudo amor su fundamento
en quien tenga respecto al desengaño,

¿por qué me escandalizo en ver el daño,
las vanas esperanças y el tormento,
si ha tanto que con ellas me sustento,
teniendo qualquier gozo por estraño?

El uso es buelto ya naturaleza;
con ningún mal podré dezir que muero,
aunque esto es sacar fuerças de flaqueza.

¡O, crudo amor, de quien favor no spero!
Di, ¿qué haré, pues que de mi tristeza
he de sacar remedio si lo quiero?

Soneto

Cantando «de la dulce mi enemiga»

halló Marfida un día a Lusitano,
al pie de un verde sauze en aquel llano
do vio el principio e fin de su fatiga.

Mas como amor, razón, piedad le obliga
poder passar d'allí no fue en su mano,
y quando él vio aquel rostro sobrehumano,
llegava a «que se sienta y no se diga».

Paró en medio del verso el sinventura,
calló y no dixo más; pero hablavan
los ojos, cuerpo, rostro y la postura.

Los ojos de Marfida en él estavan,
y con mostrar los dos cierta blandura,
se davan a entender lo que callavan.

Soneto

Del tiempo se haría larga historia,
considerando bien su movimiento;
el tiempo da tristeza y da contento,
abre la puerta y cierra a cualquier gloria.

El tiempo quita y pone en la memoria
amor y desamor, gloria e tormento;
el tiempo abaxa y alça el pensamiento,
y al que es vencido ayer, da oy vitoria.

Si el tiempo enoja hoy, mañana aplaze,
finge su vía incierta y pressurosa,
e lo que hizo ayer, hoy es deshecho.

En toda parte el tiempo haze y deshaze,
y nunca veo que en mí deshizo cosa:
mas, ¿cómo deshará donde no á hecho?

Canción

Ya no faltava al coraçón cansado
otro género alguno de tormento,
sino temor de olvido, ¡o, Nimpha mía!
Llegada es ya mi muerte, yo lo siento,
que un género tan nuevo de cuydado
jamás suele venir sin compañía.
Nuevas me da de ti quien antes vía
tu rostro cristalino
tan triste, que contino
mostravas el dolor que haze ausencia;
y en tu linda presencia
me dizen que has mostrado un nuevo gozo,
¿cayó el mío en el pozo?
No querría sospechallo, e ¿qué aprovecha,
si amor no da lugar a otra sospecha?

Si por lo que mi alma te ha querido
quieres, señora mía, assegurarme
de un mal mayor que muerte e más terrible,
sea la novedad sólo olvidarme;
antes en tu memoria entre un olvido
que un nuevo pensamiento, si es possible;
mas yo ¿qué digo?, que esto es impossible
si estás de amor prendada
e no tienes en nada
este senzillo amor de tantos años
(¡o, amor, o desengaños!);
mas ¡o! que voy errado, mi señora,
muy bien podías aora
de un pensamiento nuevo desasirte,
pues que del viejo puedes despedirte.

Yo estoy fuera de mí, e mi cuydado
paresce que m'esfuerça, e no aprovecha
para sufrir el fuego en que me quemo;
¡ved quánto haze sola la sospecha
en un coraçón triste amedrentado,
pues ya me haze hablar con lo que temo!
De un estremo voy en otro estremo;
si tu bondad contemplo,
confío e tomo exemplo
en la firmeza y fe que me has tenido;
si miro quién he sido,

qué valgo, qué merezco, luego siento
que mi merecimiento
se queda muy atrás de tu hermosura:
la culpa tiene amor e la ventura.

Torno, señora mía, a esta fatiga,
a estos celos, esta desventura;
perdona, pues, que no puedo callarme.
Si deves a tu ser y hermosura
jamás quebrar la fe, ¡o, dulce amiga!,
¿por qué causa por otro has de olvidarme?
Pudiste con tu amor aventajarme
en tan sublime grado,
que aquel felice hado
me hizo a mí tener el mundo en poco.
Señora, oye un poco:
¿he dado causa yo a tanto olvido?
¿Por dicha no he querido
quanto en mi vaso cabe? ¿Qué más puedo?
¡O, olvido, o, desamor, cómo os he miedo!

¡O, coraçón cansado e afligido!
Esfuerça, esfuerça e pierde el miedo aora,
que al esforçado ayuda la fortuna;
mira el valor y ser de tu señora,
mira lo que le quieres y has querido,
y que en el mundo aora es sola una:
que una sospecha es falsa e importuna.
No des crédito al viento,
esfuerça el pensamiento,
e aunque padescas, muestra una alegría.
¡O triste!, sí haría;
mas no es el mal que temo dessa suerte:
no basta ánimo fuerte
de tigre, ni león, ¿qué hará el mío,
si un solo desvío
mil vidas me quitara que tuviera?
Mas ¡ay, quién una sola ora perdiera!

Algunos dizen (yo jamás lo digo)
qu'el amor firme puede deshazerse;
no lo he provado, ni provallo quiero.
Dizen que un amador puede moverse
si en una cuenta estrecho entre consigo;

cosa que en sólo oýlla desespero.
Si yo nací de amor, e de amor muero,
si estoy con él contento,
¿qué cuenta o qué descuento
podría dar al mundo en apartarme?
¿Quién puede desculparme,
aunque más hermosura y gracia vea,
si amor me señorea?
Señora, ¿qué dirás si esto entendieres?
Pues bien sé lo que entiendes, si tú quieres.

No sé lo que me digo, y no es de aora
dexallo de saber quien ama tanto,
aunque sepa guardarse de mudança,
Marfida, que te mudes no me espanto;
mas quando yo me mude, ¡o, mi señora!,
vivir me veas sin vida ni sperança;
que a do muestra el amor una pujança
un tanto aventajarse,
no puede aver mudarse
el coraçón que en él está tan bivo.
Morir quiero captivo,
aora sea querido o no lo sea;
mi alma no se vea,
Marfida, sin su dulce pensamiento,
que, en fin, por ti padezco el mal que siento.

Dudosa canción mía, yo te dexo
celos, e si no celos, temor dellos,
e si en los ojos bellos
de cuya crueldad en ti me quexo
ves cierta mi sospecha,
no hables, pues hablar no te aprovecha.

Soneto

No huye con tal furia temeroso
el ciervo del león hambriento, ayrado,
ni la medrosa garça que a su lado
llegar vee el sacre ya muy victorioso;

ni el carnicero lobo cauteloso

de los mastines fieros acossado,
ni el marinero al puerto denodado
se va huyendo al mar impetuoso,

como veo huyr mi pensamiento
de una desconfiança que ha nacido
de ver quánto soys más que mi tormento.

Si finjo que merezco, voy perdido
y dízeme riendo el sentimiento:
¿no ves que vale poco un soy fingido?

Soneto

¡O, dulce sueño, dulce fantasía,
dulce devanear de pensamiento,
sabroso engaño, a do el contentamiento
era mayor que el mal que padecía!

¡O, dulce noche, y quién no viera el día
para perder tal gloria el sentimiento!
¡O, desengaños tristes! ¿Quál tormento
jamás sintió mayor el alma mía?

Pues la soltura agravia mi desseo
y el sueño levantando mi ventura
me hizo ver el gozo que no veo,

aunque creer en sueños sea locura,
de oy más, señora mía, en sueños creo
que al sueño devo más que a la soltura.

Soneto

Temores importunos, ¿qué os he hecho?,
¿por qué aviváys el fuego en que me quemo?
Temores, ved que estoy en tal estremo
que d'esperança ya no me aprovecho.

Sacadme el coraçón, rompedme el pecho,
e allí veréis si siento lo que temo,
pues no puedo salir a vela y remo
de mar tan peligroso e hondo estrecho.

Ausente me veo ya e desamparado,
pero temor de olvido es el que siento,
y es ayre con aquel qualquier cuydado;

dexadme ora, temor, si soys contento,
que según soy de vos atormentado,
por no temer un mal sufriré ciento.

Canción

Pues mi vida se passa poco a poco,
y el coraçón ya cansa y no resiste
aquel grave dolor do permanezco,
triste alma mía y tanto tiempo triste,
con vos a solas quiero hablar un poco,
quiéroos contar el mal que ora padezco.
Oýdme, alma cansada, si merezco
que oyáis un mal que en fin es vuestro.
¡O, quién fuera tan diestro
que os la contara assí como se siente!
Sólo os diré lo que passó presente:
oý, pues, alma mía;
deziros he el lugar, la causa, el día.

¿De qué fresca ribera estoy ageno?
¿De qué valles sombríos y qué fuentes,
qué arboleda amena e deleitosa,
qué aguas que caen de alto, e qué corrientes
qué río en todo tiempo tan sereno
y qué espessura de árboles umbrosa,
a do nace la flor, crece la rosa,
cae una hoja, e otra nace luego,
a do se enciende el fuego
de amor, la soledad imaginando,
e vase el pensamiento levantando?
Que, en fin, tiempos, lugares,
mil veces quitan, dan, mueven pesares.

Cabe una fuente perenal que estava
al pie de una alta sierra vi a Duarda,
e Armía estava allí también con ella;
e vase Armía y ella dixo: «Aguarda».

Armía respondió: «Duarda, acaba».
Mas ¡qué conversación, mi alma, aquélla;
qué gracia e hermosura de donzella
o de donzellas, que ambas eran tales
que serle otras yguales
parece (y aun de hecho) era impossible!
Mas ver la honestidad tan convenible
a perfición tan alta
a do no ay un sino, que haga falta.

Aquel bolver de ojos tan ayroso,
aquel meneo, gracia y apostura,
cuando a pensallo vo me buelvo loco;
e con la dulce habla, una blandura,
un no negalla a nadie y un reposo
con un baxar de ojos poco a poco.
Después de todo esto, ¡quán en poco
tenían todo el mundo, en su respecto!
¡Qué responder discreto!
¡E qué callar a tiempo, e los más tiempos!
¡Qué tardes y qué honestos passatiempos!
¡Qué andar con su ganado
ora en el bosque espesso, ora en el prado!

Duarda (como digo) y va sintiendo
que yo quería ya d'allí partirme,
pero jamás sintió que me matava
e díxome: «Silvano, has d'escrevirme».
Yo respondíle «sí», medio riendo,
mas Dios sabe mi alma quál estava.
Aquellos ojos verdes contemplava
e aquel reýr a tiempo e tan a tiempo
que no offendía el tiempo,
mas toda cosa en su lugar ponía,
y en el hermoso rostro una alegría
que en verla solamente
se suspendía de amor el accidente.

Estava un día yo en la cabaña
e Duarda llegó con la comida
para el pastor, e vino algo cansada;
en su rostro una luz venía encendida
con el calor, que la blancura estraña
de rosicler estava matizada.

Sentóse dando un ¡ay! no congoxada,
mas de sólo el cansancio que traýa.
Yo pregunté qué avía;
riendo respondió: «ningún mal siento».
E yo dixe entre mí: «ni aun mi tormento
deve sentir Duarda».
La muerte, ¿adónde está? ¿A quándo aguarda?

¡Qué portugués hablava tan gracioso!
¡Cómo le estava bien quanto dezía
quando de nuestra corte se burlava,
diziendo: «*O meu Silvano, ¿qué diría*
que un coraçón leal como he o vosso
en terra onde os não ha guardado estava?»!
E luego este donayre lo adornava
con una dulce risa, tan graciosa
que yo jamás vi cosa
para ablandar las peñas sino ésta;
e verla estar tras esto tan empuesta
en no exceder en nada
por no ser de las gentes mal juzgada.

Un día se me acuerda que yo estava
riberas de Mondego con Armía,
hablando en Lusitano y sus dolores;
y, entre otras muchas cosas que dezía,
con no pequeña gracia me contava
quán firme fue Marfida en sus amores,
e quánto él se estremó entre pastores,
e un amor tan firme y tan honesto.
Y estando ambos en esto,
pasó Duarda acaso, e sospechando
que en cosa propria estávamos hablando,
dixo: « *Tudo y engano,*
Armía, naõ vos fieys de castellano».

¿Quién te dexó de ver, o, Nimpha mía?
¿Quién vido aquellas perlas orientales,
que por tus ojos vio estilar Silvano?
No fue poco remedio a tantos males
ver que llorasses tú quando partía,
aquel cuyo quedar era en tu mano,
mas bien sentía triste que era en vano
pensar que amor causasse en ti blandura,

siendo para él tan dura.
El parentesco era, Nimpha hermosa,
porque, a tú sospechar de mí otra cosa,
no fueras con Silvano
hablando al monte, al prado, al río, al llano.

¡Quánta bondad, quán grande hermosura,
armadas contra mí para matarme,
e ausencia en su defensa muy a punto!
¡Quánto atrever y luego acovardarme,
quánto invocar a amor e a la ventura,
e al fin callar, suffrir y estar difunto!
¡Quántas veces me dixo: «Heu barrunto,
Silvano, que de amor estás tocado»!
Dize de quien cuytado,
e viérades mi lengua desmandada
ylle a dezir de quien sin mirar nada
y en dando un grito el miedo
callar, diziendo: «¡Ay, triste, que no puedo!»

No dexe yo de ver la Nimpha mía,
no la dexe de ver, aunque la ausencia
me aparte de su vista soberana;
dexe de ver el ser, la cortesía,
la hermosura, gracia y excelencia
que nunca jamás vi en cosa humana.
Mas ¡qué consolación tan flaca e vana
tan sin provecho y fuera de camino
es dezir que imagino
su grande hermosura en mi memoria,
e que esto basta! ¡O, qué invención de gloria
y qué alegría forçada,
mirándola después de ya passada!

Temo que larga ausencia traya olvido
a aquella beldad suma, e mis porfías
sobre la arena hagan fundamento;
en fin, amor, en fin pones mis días,
y si en fin no los pones, ten creýdo
que no puede aver fin en mí el tormento.
La pluma calle y hable el pensamiento;
mi alma perdonad, mucho he hablado;
lo más dexo callado,
vos lo sabéys, e sólo es para vos,

que quando a mi Duarda hizo Dios
mostró en su hermosura
que presumir loalla es gran locura.

Canción, yo sufro mucho y digo poco;
en ti me buelvo loco,
que muy mayor locura es verme cuerdo;
y qualquier desacuerdo
me haze más al caso que no el seso
para llevar de ausencia el grave peso.

Fin

Soneto

¿Dó estás, hermosa Nimpha? ¿O qué paciencia
podrá tener sin ti el alma mía?
¿Dó están los ojos garços do me vía,
a cuya clara luz no ay resistencia?

¿Dó está el hermoso rostro e la presencia
que más que el claro sol resplandescía?
¿Dó está la dulce voz que me dezía:
«qualquier mal sufrirá quien sufre ausencia»?

¿Dó está el responder yo: «si un día ausente
me viera de tu vista o despedido,
no buelva a ver el bien que veo presente»?

Respóndame el amor que me ha herido;
él diga en qué va esto, pues lo siente,
que yo no siento más que estar perdido.

Soneto

Señor Burgueño, un claro entendimiento,
si quiere a su fortuna aventajarse,
remedio es muy discreto conformarse
con su veloce y vario movimiento.

Porque si acaso quiere el pensamiento
hazer contra ella más que m'amparasse,
lo que podrá ganar será engañarse,
pues haze sobrefalso el fundamento.

Dichoso tú, que haviéndote ofendido
con su ayrada mano, e importuna,
también con ella sabes conformarte.

Que a casa dese gran duque te ha trahído,
e pues el fin es tal de tu fortuna,
no puedes más pedir, ni hay más que darte.

Respuesta

Si algún tiempo sirvió el contentamiento
a quien con él jamás pudo hallarse,
ni aun podiendo quisiera consolarse,
siendo tan sin consuelo su tormento.

Se ha mostrado aora en un momento,
señor Montemayor, pues que mudarse,
pudo por ti mi alma y alegrarse
de un tan antigo e grave descontento.

Dichoso tú, pues eres tan valido,
que un mal que tanto ha que me importuna
fuesses para apartallo tanta parte.

Pues cierto me parece que no ha sido,
ni tengo qué temer de mi fortuna,
con tal señor, e a ti tan de mi parte.

Canción

Flérida, en cuya mano
está mi triste vida,
no triste, mas dichosa estando en ella:
Amor es inhumano,
mi libertad perdida,
mas yo no descontento de perdella.
Pues no te sirves della,
bien es que yo la niegue,
mas aunque esté olvidado
Amor de mi cuydado
y el coraçón cansado no sossiegue,

serás en toda cosa
Flérida, para mí, dulce e sabrosa.

Por ti, Flérida mía,
por ver tu hermosura,
pues no puedo vivir si no la veo,
morir poco sería;
mas no quiere ventura
jamás abrir las puertas del desseo.
Con todo lo que veo
en mal tan incurable
e siendo tal mi suerte,
qu'el menor mal es muerte,
contino a esta mi alma es agradable
tu rostro, por quien peno,
más que la fruta del cercado ageno.

Según paresce aora
que tus ojos alçaste
e yo triste cegué después de vellos,
de la hermosa aurora
el resplandor tomaste
y del dorado Phebo los cabellos,
y el rostro allí cabe ellos
con tanta gentileza
que yo no sé alabarte;
mas ¿quien podrá ygualarte
pues que te hizo en fin naturaleza,
después de muy ayrosa,
más blanca que la leche, e más hermosa?

Si comparar pretendo
a otros pareceres,
el tuyo que en el mundo es sólo uno,
es quanto a lo que entiendo,
que quanto a lo que eres
no es possible llegar allí ninguno.
Que Amor sea importuno
doblando mis enojos
lo tengo a buena suerte,
porque después de verte
es tu hermoso rostro ante mis ojos
más dulce, más ameno
que el prado por abril de flores lleno.

Estoyte imaginando
e aquello que imagino
en mi imaginación caber no puede;
en fin voy rastreando
muy fuera de camino
que a todo imaginar tu rostro excede.
Lo que d'aquí procede
el coraçón lo siente;
él solo es quien lo passa,
el crudo amor lo abrasa;
mas, aunque muera e viva juntamente,
¿qué suerte más dichosa
si tú respondes pura y amorosa?

Si mil vidas me diera
e mil ojos mi suerte,
e dos mil coraçones que entregarte,
por muy pocos tuviera
los ojos para verte,
lo más para pagar solo el mirarte;
mas aunque imaginarte
parece que es locura,
¿qué sentiría, Señora,
una alma que en mí mora,
si respondiesse acaso la ventura,
con un successo bueno
al verdadero amor de tu Tirreno?

Si por alguna vía
clemencia te moviesse,
o un amor intenso te forçasse
a ver quién padescía,
y a quien más padeciesse
tu gracia e hermosura remediasse;
a fe que yo sperasse
de remediar la vida,
pues dando acaso en ello,
aunque es locura creello,
según mi libertad está perdida
y lo que passo e quiero,
a mi majada arribarás primero.

Mas ¿qué torres de viento,

en qué ymaginaciones
contino mete Amor al triste amante?,
¿cómo anda el pensamiento
en tantas invenciones,
mostrando pena e gloria en un instante?
¡O, ymagen radiante
contraria a mi desseo!,
si en la tiniebla escura
de mi gran desventura
ante mis ojos yo tu rostro veo.
No he menester ni quiero.

Canción, tan largos tiempos son passados
de penas y cuydados,
que lo que dezir supe es ya gastado,
e aora esme forçado
dezir de mi tormento
con palabras agenas lo que siento,
que el cielo acá nos muestre el luzero.

Soneto

Paris con braço fuerte derramava
sus agudas saetas, peleando;
por otra parte Achiles va monstrando
que al griego Menelao solo él vengava.

Mas el dorado Phebo a Paris dava
una aguda saeta, que tirando
al bravo Achiles mate, ymaginando
que el gran Neptuno desto se pagava.

Puso el galán Troyano en aquel punto
la saeta en su arco, y en tirando,
al fuerte griego hiere y cae muerto.

Gózase un pueblo y otro está difuncto;
están unos riyendo, otros llorando:
buscadme en este mundo algún concierto.

Soneto

No vi, Marfida, yo tu hermosura,
no tu juyzio y claro entendimiento,
para apartar de ti mi pensamiento,
por mal que diga amor ni la ventura.

Ora mi grave mal no tenga cura,
ora padezca en vano mi tormento,
de aver en mi firmeza movimiento,
puedes, ¡o, Nimpha mía!, estar segura.

Quien vee tu lindo rostro, aunque le olvidas,
¿qué puede olvidar él tus ojos bellos
do tantas libertades son perdidas?

¿O quién olvidará unos cabellos
como madexas de oro, pues mil vidas
son pocas para dar por uno dellos?

A don Jorge de Meneses

Epístola

Discreto cavallero y tan discreto
que naturaleza se ha mostrado
en tu ingenio haziendo estraño efeto:

ora tu entendimiento salteado
esté de su passión enamorada,
ora en sólo penar esté ocupado;

ora tengas tu alma transformada
en la hermosa Philis, ora sientas
que toda tu esperança es escusada;

ora sume el amor en ti sus cuentas
y el gasto sea muy menos que el recibo,
aunque quieras contar lo que no cuentas.

Empresta la memoria a lo que scribo
a hurto de tu mal, e aunque no es tuya,
jamás una hora falta al que es cativo.

O pídela al amor e di que es tuya,
quiçá que la humildad y el comedirte
hará que de hazello amor no huya.

Estoy por te jurar que a escrevirte
me mueve más envidia que otra cosa,
en ver que desta Corte has de partirte.

No juzgues esta envidia por viciosa,
que quien vee otro salir de un labyrintho,
en tal caso su envidia es virtuosa.

La vida cortesana yo la pinto
como un sabroso engaño, que a dexallo
no basta ingenio, seso, ni distincto.

¿Quién puede lo que vee dissimulallo
y el grave descontento en todo estado,
e aquella sed de siempre acrecentallo?

¿Quién vee a cada qual tan confiado
que no le desengaña como amigo?
Pero también, ¿quién cree que está engañado?

Para saber sentir lo que aquí digo,
quánto la soledad es más perfecta,
el gran poeta Toscano sea testigo.

¡O, la vida del campo, y quán quieta,
quán apazible es al sentimiento,
y a quánto la de corte está subjecta!

¿Quién vee esta baraja y movimiento,
quién esta differencia de opiniones
que pueda recoger su pensamiento?

¿Quién vee una corte o mar de divisiones?
¿Quién vee que en ella es lo que más vale
odio, envidia, mentir, murmuraciones?

No piensa nadie en ella que le yguale
el que con él passea, ni ymagina
que aquél podrá salir con lo que él sale.

Pues, ¡o!, si la privança desatina,
y un privado de un ser abaxa un poco,
que aquel dizen ser mal sin medicina,

vello eys dissimulallo poco a poco,
por no dallo a entender, y después desto
cuando sólo se vee bolverse loco.

Pues la dulçura en habla, cuerpo y gesto
del que se da entender enamorado,
no es bien passar por ello assí de presto.

El contino hablar tan afetado,
que quien lo oye no alcança punto dello,
ni del que se lo dize es alcançado.

Aquel asirse luego de un cabello,
para pensar que vale, puede y manda,
estando muy atrás de verse en ello.

Veréys tan coxo ingenio que no anda,
y porque correr pueda el innocente
a hurtar pies agenos se desmanda.

Veréys otro que infinge de prudente
sin dar razón querer que lo que afirma
valga, porqu'él lo afirma solamente.

No pone allí Aristóteles su firma
cuando es Philosophía, ni Augustino
si es sacra Theología lo confirma.

Él sólo es quien lo dize, y es tan fino
que no creerá otra cosa, ni es bastante
ningún sabio a metelle por camino.

Passemos, pues, señor, más adelante;
en cosas de la corte no hablemos,
pues ellos dan de sí razón bastante.

De la vida campestre ora tractemos,
en las riberas verdes nos metamos,
que todo lo demás olvidaremos.

Al campo de Mondego nos salgamos,
al pie del alto fresno, sobre el río,
que los pastores tanto celebramos.

Jamás te olvidaré, Mondego mío,
ni aun olvidarte yo será en mi mano,
si no fuesse por muerte o desvarío.

El tu florido campo muy ufano,
tu dulce primavera, ¿quién la olvida
sino quien a sí proprio es inhumano?

Aquella alta arboleda, aquella vida,
que a su sombra el pastor cansado lleva,
y el ave oye cantar de amor herida;

aquel ver madurar la fructa nueva,
aquel ver cómo está granado el trigo
y el labrador qu'el lino a empozar lleva.

Y ver a Gil hablar con Juan, su amigo,
debaxo de una haya en sus amores,
para que de sus males sea testigo.

Y ver Juana en la fuente coger flores,
su soledad contando a Catalina
y Catalina a ella sus amores.

Y ver venir Ambrosia, su vezina,
cantando «por mi mal te vi, ribera»
deshojando una rosa o clavellina.

Verla topar Alonso y cómo quiera
adereçar la toca y componerse,
como si sobre acuerdo lo hiziera.

Y verla cómo muestra no dolerse
de su dolor, y él, triste, está llorando
y ella en secreto lloro deshazerse.

Pues ¿quién, señor, tal vida está trocando
por reboltosa vida cortesana
que con un falso gusto va engañando?

Pues que si el pastor pasta la mañana
tratando con las musas sutilmente,
y muestra allí su gracia soberana,

y con la fresca tarde a la corriente
el cuévano va echar, con gran cuydado
de yllo a levantar el día siguiente;

y estando de la pesca ya enfadado,
la cautelosa red arma al conejo
que en su cueva se está muy encerrado,

no puede un hombre allí hazerse viejo,
ni hasta que lo ser morir puede,
pues para bien vivir tiene aparejo,
y aun para bien morir, si allí succede.

Soneto

¡Ya no me engañaréys, falsa esperança!
Ya tengo exprimentada mi ventura,
y sé a quán gran peligro se aventura
aquel que en amor tiene confiança.

¡Quán dulce tiene el nombre y semejança,
y cuán amargue el ser y la figura!
Bien puede dar placer, mas poco tura,
y si algo ha de turar, jamás se alcança.

Pues ¿qué remedio avrá, si el amor viene
y, quebrando las puertas del sentido,
en él se fortalece y se sostiene?

El remedio será no ser nacido,
que quien nacido ha, si amor no tiene,
yo tengo que será muy más perdido.

Soneto

Rescibo de tu rostro el desengaño,
dámelo a conoscer su movimiento,
y estoy con mi fatiga tan contento,
que no puedo entender en qué me engaño.

Parezca mi dolor al mundo estraño,
búrlense los que ven mi pensamiento,
que quando en amor hize el fundamento,
mi coraçón dispuse a qualquier daño.

Bien sé que amo y basta yo sabello
para querer, y nunca ser querido,
que pues yo quiero a ti no puedo sello.

Contento estoy en ser por ti perdido
y si, señora mía, gustas dello,
tu gusto y mi desseo está cumplido.

Soneto

Si la hermosa Venus desde el cielo
por el mancebo Adonis se perdía,
y quanto más amava más temía
que le storvasse muerte aquel consuelo;

y si gozando dél acá en el suelo,
la caça de las fieras le impidía,
bien deves entender, pastora mía,
que allí donde ay amor, allí hay recelo.

Pues luego no me culpes, ¡o, señora!,
si teme un coraçón que te he entregado
ausencia, olvido y más, si más pudiere.

Que pues crece mi mal de hora en hora
bien puedo ya dezir d'esprimentado
que aquel más amará que más temiere.

Soneto

¡Amor, quántos servicios veo perdidos!
¡Quántos sospiros veo en vano dados

o quántos tiempos tristes son passados,
e quántos muy más tristes son venidos!

¡Cuántas vezes mis ojos, constreñidos
del sentimiento, lloran sus cuydados,
pues alma y coraçón ya están cansados
de importunar con quexas tus oýdos!

¿No havría en ti de veras, o burlando,
un bolver de ojos dulce, un movimiento,
un «sí» fingido, un «no» gracioso e blando?

Con sólo un no, señora, me contento,
mas no de los que das, y esto, y passando:
que son dos vezes no, e dos mil tormento.

Soneto

Phebo, de amor herido, se quexava
de la hermosa Daphne que huýa;
con sus dorados rayos la seguía
y con los suyos della se quemava.

La Nimpha, con temor si la alcanzava,
de quando en quando, el rostro atrás bolvía,
e al desdichado amante que corría
con éste bolver de ojos le cegava.

Peneo acudió allí, della invocado,
en árbol la convierte, y en llegando
el sin ventura Phebo queda frío.

Con el laurel se abraça el desdichado,
con lágrimas el tronco está regando:
¿quién tal tormento vio, si no es el mío?

Soneto

Perdida está del todo mi sperança
y el gran desseo que tengo de perdella;
¡o, vida!, ¿qué hazéys?, perdeos con ella,

pues veys del crudo amor lo que se alcança.

¡O, desengaños tristes!, ¿quál mudança,
quál infelice hado, o quál estrella
será tan desdichada como aquella
que falsa a un amador su confiança?

No niego que temí, mas fue accidente,
el qual es pocas vezes aceptado
de la imaginación del que lo siente.

¡O, falso amor, o, tiempo desdichado!
¿Cómo podré sufrir el mal presente,
si vengo a imaginar el bien passado?

Elegía

¿Quién moverá una lengua desdichada?
¿Quién alzará un spíritu caýdo
e un alma que en su mal está ocupada?

¿Cómo podrá hablar el que se vido
en tiempo que valió lo que hablava?
¡O, quánto mal nasció de un solo olvido!

¡Quán presto un buen estado en mí se acaba!
Mas no podré quexarme, aunque yo quiera,
que en fin el bien de entonces me avisava

a quanto mal se ofrece quien spera,
e más si la sperança está dudosa
e su desseo ardiente persevera,

y a quanto, quien su amor ha puesto en cosa:
que a trueque de un momento de alegría
la vida toda es triste y trabajosa.

No me quería quexar, señora mía,
ni te querría dezir que eres culpada,
porque es locura grande o fantasía.

¿Por dicha tu afición está obligada,
o yo por mí merezco gloria alguna?

No, cierto, pues sin ti no hay gloria en nada.

Pero si el mal me aflige y importuna
¿qué puedo yo hazer sino quexarme
de amor, de ti, de ausencia e de fortuna?

¿Qué cosa para ti el no olvidarme?
¿Qué cosa para mí vivir sin verte?
¿Qué cosa para amor no atormentarme?

¡Quán cierta cosa es pedir la muerte!
¡Quán cierto es gastarse la paciencia,
y en la memoria amor házese fuerte!

Si amas, o, señora, ¿qué licencia
es ésta que has tomado en tus amores
para tener en poco el mal de ausencia?

Si no amas, como pienso, los favores,
los passados contentos que me davas,
¿qué son sino occasión de más dolores?

Y las palabras dulces que hablavas,
el diminuyr el nombre y dar la mano,
¿qué fue sino encubrir que me engañavas?

Aquel pedir de celos tan en vano,
aquel mandar no passes, ni la hables,
y el encender de rostro muy a mano;

aquellos movimientos tan notables,
con que el querer fingías de tal modo,
mostrando effectos dél muy admirables;

aquel mirándote otro, dar del codo
al triste que escrive, ¿qué se ha hecho?
¿Cómo un olvido así lo acaba todo?

Aquel hermoso rostro e blanco pecho,
que aun para mí dezías que era poco,
por me dexar contento e satisfecho;

aquel delante mí tenerte en poco,
¿qué pudo ser, me di, sino ensayarte

para saber después bolverme loco?;

aquel fingirte alegre y enojarte,
si yo no venía al punto que querías,
o si olvidara a dicha el visitarte;

aquel contar las noches por los días,
aquel contino aviso en no enojarme
con otras cosas mil que allí fingías,

¿qué fue, señora, di, sino mostrarme
que allá vernía a su tiempo el desengaño,
y que era entonce justo el engañarme?

Pues crezca el desamor, la pena, el daño,
e vengan las congoxas de una en una,
que no podrá apartarme deste engaño
el tiempo, amor, ausencia, ni fortuna.

Epístola

Señora mía, ¡o quánto mejor cosa
fuera darme ocasión para quexarme,
que no tenella tú de estar quexosa!

Ya tengo por peor el ausentarme,
que el ausentarte tú, Marfida mía,
aunque el menor mal destos es matarme.

Ya pienso se acabó mi claro día,
y del principio al cabo huvo muy poco;
mas ¿quánto turó mucho una alegría?

Si doy priessa al camino como loco,
me da muy mayor priessa mi tormento,
y assí voy mi camino poco a poco.

Que aunque el apressurarme era argumento
que a ti podría bolver muy brevemente
y esta sperança diera algún contento,

es tanto mal partir, que no consiente
que pueda remediarse la sperança

de aquel felice bien que vi presente.

Temores importunos de mudança,
señora, me acompañan, de manera
que hazen abreviar mi confiança.

¡O, dulce Nimpha mía! ¿Quién pudiera
estar tan sobre sí, que la sospecha
se desechara a sí como estrangera?

Querría despedilla y no aprovecha,
que lo que yo merezco no me ayuda,
e assí qualquier contento me desecha.

Estáse mi sperança tan desnuda
de méritos que ayuden a su effecto,
que no sabe si es firme, o si se muda.

Y está el amor que tengo tan perfecto,
que digo mi contento a cada cosa.
Señora, tuyo soy, e a ti subjecto.

No quiero que esto cause el ser hermosa
lo más que nadie ha sido, ni discreta,
ni ser mi pena grave e trabajosa;

ni ver que no hay en ti cosa imperfecta,
ni la ay perfecta en otra dama alguna
si a tu valor e ser no está subjecta.

Sino sentir que amor e la fortuna
no quiere que me storve en mis amores
una sospecha vana e importuna.

¡O, mi pastora dulce! Los favores,
cómo los veo presentes, avivando
un mal que es en amor de los mayores.

En mis oýdos tristes va sonando
tu habla dulce, amorosa e blanda,
e mi tristeza grave acrescentando.

El seso y la razón a aquella vanda
se inclinan e me mandan buelva luego,

mas mi fortuna sola se desmanda.

En tal estremo estoy, que mi sossiego
no entiendo en qué consiste, según veo
que buelve sobre mí de amor el fuego.

Dezirte ýa yo, señora, mi desseo,
pero según lo hize en mi partida
he miedo que respondas: «no te creo».

¡O, enojoso tiempo, o, larga vida!
¡Quán lexos das del blanco de mi gloria,
y cómo a causa tuya está perdida!

¡Quán enemiga mía es la memoria,
y quánto soy amigo de acordarme
que supe mal seguir tan gran victoria!

No ay aparejo, no, de remediarme,
hasta que buelva a ver tu hermosura,
y buelva amor de nuevo a consolarme.

Mas tengo tanto miedo a mi ventura,
que si el sucesso está subjecto a ella,
no tengo cosa mía por segura.

¿Por qué nascí, señora, en tal estrella,
que si desseo la cosa, el dessealla
es causa principal para perdella?

Mira quánto es mejor no procuralla,
mas ni esto me aprovecha, pues sin ello
es impossible cosa el alcançalla.

Que me tenga el amor echado el sello
de suerte que no basta ausencia, olvido
para abreviar mi fe quanto un cabello,

muy claro está, señora, y muy sabido;
mas ¿cómo sufrirá dexar de verte
quien una sola vez tu rostro vido?

¿Cómo podrá, señora, no quererte,
aquel que está su bien sólo en mirarte,

aunque lo atage el tiempo con la muerte?

Fortuna, ausencia y tiempo no son parte
para apartar de ti mi pensamiento
y la delectación del contemplarte.

Sacar pretendo desto algún contento,
y sácolo en effecto, mas tu ausencia
recháçamele luego en un momento.

Que esta cruel passión no da licencia
para se conservar contento alguno
en quien se alexa así de tu presencia.

Mil males veo llegarse de uno en uno,
y todos de una causa y en un punto
se juntan sobre mí sin faltar uno.

No basta el coraçón estar a punto
por hábito que tiene de sufrillos,
pues queda en un instante allí difuncto.

Curar piensa sus males con dezillos:
mira qué disparate, estando ausente,
y assí de nuevo ha dado en screvillos.

Yo quedo, aunque no quedo, pues presente
no veo acá tu ser y hermosura
en quien mi alma está continuamente.

Assí que, mi señora, está segura
que yo veré tu rostro sobrehumano,
pues tengo en menos muerte y sepultura
que ver sin su Marfida a Lusitano.

Canción

¿Qué tigre, qué león o qué serpiente,
qué ánimo de fiera endurecida,
mi mala compassión no movería?
¿Qué hombre, qué animal, qué estraña gente
no moverá un dolor tan sin medida,

que mil pedaços haze el alma mía?
Y es tanta tu porfía,
e tan en balde en ti qualquiera quexa,
que mucho más me aquexa
tu condición, qu'el mal que amor me haze.
Mas sea, pues te plaze,
aunque es tan malo el mal en que me veo,
que la sperança muere y no el desseo.

Allá tu condición lleva un camino
por donde no ay pisada de hombre humano
ni ay rastro alguno en él de pensamiento;
el firme amor lo tiene a desatino,
al casto y buen desseo llama vano,
y a cada passo burla del tormento,
y toma gran contento
de ver bolverse loca el alma agena,
y estar el cuerpo en pena.
¿Qué coraçón avrá de peña viva,
o qué alma tan esquiva,
no ve en el grave daño que posseo
que la sperança muere y no el desseo?

Ni amor, ni fe, ni pensamiento firme
no basta, ¡o, dura Philis!, ablandarte,
ni aun basta el proprio amor, según te hallo.
Cruel estás por sólo destruyrme.
Pues ¿quién en mi dolor podrá ser parte
para dolerse dél o consolallo?
Que ya pensar curallo
parece y es de hecho gran locura,
en mal que sufre cura
allá va la sperança rodeando,
e a vezes atajando;
mas no aprovecha atajo, ni rodeo,
que la sperança muere y no el desseo.

¿Que piensas que es morirse mi sperança
y ser vivo el desseo, como digo?
Mas ¡qué pregunta loca y de hombre loco!
¿A quien jamás de amor sintió su lança
pregunto qué es amar? No estoy comigo,
ni tengo parte en mí, ni en ti tampoco.
Ved qué materia toco;

floréase comigo el mal que siento
y mueve el sentimiento
a preguntar preguntas escusadas.
Florea el mal a osadas;
mas es lo que resulta del floreo
que la sperança muere y no el desseo.

Yo puse en ti mi amor y mi cuydado
y quando yo nací te nací amando,
y en ti buscó mi muerte la fortuna;
a ti me ofrecí luego en el estado
de niño, moço, y siempre estoy pensando
que mi ataúd será do fue mi cuna.
Pues mi vida importuna
¿qué espera?, ¿o qué demanda?, ¿qué te quiere?
¿Quién dize que te spere,
pues no ay en ti señal de aver clemencia,
ni ves de tu presencia
venirme un mal tan grave, estraño y feo,
que la sperança muere y no el desseo?

No trato de sperança, ni era seso
tratar un hombre della tan cuytado,
que aun solo de nombralla desespera
tirar un triste al blanco y dar avieso.
Ved qué dolor y estando confiado
venille el mal, de a do el remedio spera.
¡O, más cruda que fiera,
y más hermosa y rubia que la aurora!
Mirar devrías aora
un triste coraçón por ti perdido,
y en tal guerra metido,
pues ves tan crudo el mal con que peleo
que la sperança muere y no el desseo.

Canción, tú no cometas, antes huye;
que con la que destruye
mi triste coraçón no vale cosa,
el ánimo cobarde y el que osa
se quedan muy atrás, y en esto veo
que la sperança muere y no el desseo.

Fin

Soneto portugués y castellano

Amor con desamor se está pagando,
dura paga, pagada estrañamente,
duro mal de sentir estando ausente
de mí, que vivo en pena lamentando.

¡Oh, mal! ¿por qué te vas manifestando?
Bastávate matarme occultamente
que en fe de tal amor como prudente,
podías yr esta alma atormentando.

Considerar podía amor de mí
estando en tanto mal que desespero,
que en firme fundamento está fundado.

Ora se spante amor en verme assí,
ora diga que passo, ora que'espero,
sospiros, desamor, pena, cuydado.

Soneto

Ojos que de llorar estáys cansados,
alma que de sufrir jamás cansastes,
cativo coraçón que os entregastes,
con tanta voluntad a mis cuydados;

aora estaréys ya desengañados,
de quien con tanta causa os engañastes;
aora podéys ver, pues esperastes,
que es menos mal estar desesperado.

Bien es que la experiencia os aya dado
la muestra deste mal que no creýstes
y el tiempo a vuestra costa os ha enseñado.

¿Mas si escarmentaréis, mis ojos tristes?
Yo creo que no, porque es muy escusado
escarmentar quien vio lo que vos vistes.

Soneto

Paresce que desmaya el sufrimiento

y el alma se consume poco a poco;
acábase mi vida, o yo sé poco
según que veo de amor el fundamento.

Que si me quexo ant'él de lo que siento,
responde luego y dize que me apoco,
y que es falta de fe tenerme en poco,
pues pude concebir tal pensamiento.

Mas ¿qué haré, si a lo que devo ofendo,
o qué será de mí, pues que no os veo?
No sé dezillo bien, aunque lo entiendo.

Si amor es contra mí, ¿con quién peleo?
Si a dicha le ayudáys, ¿yo qué pretendo?
¡O, muerte! ¿Y no vernás, pues te deseo?

Soneto

¡O, tierra, cielo, estrellas y elementos,
o, planetas, yervas, aves y animales,
o, ánimas perfectas y immortales,
vestidas de mortales instrumentos!

¿No veys del crudo amor los movimientos,
mentiras, fraudes, penas desyguales?
¿Por qué no vays huyendo a tantos males?
¿Por qué empleáys tan mal los pensamientos?

¡O, más fiera que tigre ni leona!
Tú eres la culpada y homecida,
y no el amor, que yo estava engañado.

Di: ¿por qué me mataste? ¿O qué corona
ganaste en olvidar quien dio la vida
a trueque de gozar de su cuydado?

Soneto

¡O, lágrimas, o, perlas orientales,
que por tan lindos ojos oy salistes!
¿Dó estáys? ¿Quién os cogió? ¿Por qué os perdistes,
pudiendo ser remedio a tantos males?

¿Qué causas pudo aver tan principales?
¿Qué os hizo la fortuna? ¿Qué sentistes,
o, claros dos luzeros, que os bolvistes
de lágrimas dos fuentes perenales?

Por una parte, ojos, bien quisiera
ser parte o causa yo desta agonía,
mas no lo quiero ser, ni Dios lo quiera.

Jamás vea yo contento ni alegría,
que os cueste caro a vos, de quien spera
el fin de su descanso el alma mía.

Soneto

La luz del claro sol no resplandesce,
Duarda, ante tu rostro, ni la Luna,
pierde su ser amor y la fortuna,
la dulce primavera no paresce.

La tierra, aunque produze y reverdece,
e aunque no falte a prado flor ninguna,
delante ti no ay ser en cosa alguna,
que ante lo más, lo menos desfalece.

La lumbre artificial se amata y ciega;
en fin, que pierde en lustre toda cosa
delante tu hermosura y excelencia.

Y aun el dorado Tajo, quando llega
do tú, Duarda, estás (¡tierra dichosa!)
su dulce sabor pierde en tu presencia.

Elegía a la muerte de Feliciano de Silva

Cante la musa mía lachrimosa
e diga lo que vio, que dezir ella
ya no podrá, ya no ay que dezir cosa.

Ya escuresció el luzero, ya la estrella,
por do siguió siempre le ha faltado,

mas ¿quién podrá sufrir la falta della?

Mi pensamiento triste y lastimado
comigo al pie de un fresno estava un día,
seco, sin sombra e hoja, en un collado,

y vi venir biuda la poesía:
de tal arte la vi, que no creyera
que aquélla podía ser, según venía.

Ninguno imaginara que ella era,
ni yo pensallo pude; mas, dudando,
a mí me pregunté desta manera:

«¿Quién es esta que va sola llorando,
cubierto el rostro de funesto velo,
y de fortuna y muerte se va quexando?

«¿Quién es la que importuna el alto cielo,
con llantos e sospiros de hora en hora,
e sus lágrimas van regando el suelo?

A Orpheo nuevamente creo que llora;
sin duda a Orpheo nombra, pues, ¿qué es esto?
Tarde es para llorar Orpheo agora.

Oýd: de Homero dize, él es apuesto;
a él llora, sin duda, que no a Orpheo.
¡O!, ¿quién el fin pudiesse saber desto?

Vergilio nombró aora, a lo que veo,
Theócrito, Varrón, Ovidio, Mena:
¿Ésta es la Poesía? No lo creo.

Ésta sin dubda es. ¿Qué grave pena
mudó su traje assí? ¿Quién la ha mudado,
que viene de aflición e males llena?

¿Dó su cabello de oro, crespo, ondado,
sobre los ombros puesto y espargido,
y de laurel e yedra coronado?

¿Qué es de los claros ojos?, ¿dó se han ydo?
¿Qué es del divino adorno, que solía

tener en ayre plática e vestido?

En fin, sin dubda es ésta la poesía:
oyamos qué le causa llorar tanto.
¡Aves, dexad un poco la armonía!»

Y con su triste voz e amargo llanto,
un sospiro tras otro, e un gemido
tras otro, assí empeçó su triste canto:

«¡O, cielos, tierra y mar! ¿No havéis sentido
que muerte me tocó con cruda mano,
pues mi mayor amigo es ya perdido?

Perdí mi bien, perdí mi Feliciano;
muerta es la gracia, el ser, la sotileza,
la audacia, ingenio, estilo sobrehumano.

¡O, tú, Elicona! Baxa con presteza;
no quieras fuentes, musas, árbol, flores,
ni quanto en ti pintó naturaleza.

Muerto es mi Feliciano, mis amores:
no coja en ti de hoy más poeta alguno
corona de laurel, de yedra y flores.

¡O, fuente Pegasea! Ya ninguno
de hoy más tus aguas beva, pues se ha muerto
aquel que en mi opinión fue solo uno.

¡O, muerte, o, mano cruda, o, desconcierto!;
¡o, quién tu cruda flecha en sí tomara!
Mas nunca ay para ti remedio cierto.

¡O, Silva, Silva, sangre ¡Ilustre y clara,
que tu principio fue del gran Eneas!
A mí más que a Dido cuestas cara.

Responde: ¿qué harás quando no veas
el vaso do encerré tan altas cosas,
al tiempo que su prosa y metro leas?

¡O, musas sabias, dotas y graciosas!
De quien Palas ha embidia, e lo publica,

ya no cantéys de hoy más, estad ociosas.

Ya no favorezcáys al que se aplica
la biuda, triste poesía,
¡o, Feliciano, o, vena aguda e rica!

¿Cómo estará sin verte la que vía
que tu divina pluma penetrava
muy más que ingenio humano creer podía?»

Diziendo tales cosas, vi que estava
tan triste la poesía e sin consuelo,
que el campo, río y fuentes lastimava.

Mis ojos alcé arriba, e desde el suelo
por la scalera látea vi baxando
el claro e roxo Apolo de su cielo.

Con lágrimas su luz viene apagando,
y el antiguo dolor del hijo muerto,
con el del gran poeta renovando.

Comiença Apolo, pues, con gran concierto,
su plática suave, e la Poesía
calló su coraçón y pecho abierto.

¡O, Nimpha, a quien la muerte en este día
quitó un claro poeta d'entre manos,
a quien la propia sciencia obedecía!

Sabrás que allá en los choros soberanos
está su ánima dota celebrada,
ya fuera de juyzios torpes vanos.

Bien ves su senectud, que fue fundada
en juventud tan buena, que su vida
poder tuvo de dalle muerte honrada.

No tiene, no, la muerte aborrescida
con qué herir el ánima avisada,
de quien es ya sperada y entendida.

¿Sabes qué fue su vida bien gastada?
Una comedia, adonde su decoro

guardó el discreto autor sin faltar nada.

No contradigo yo tu grave lloro,
que yo lo mismo hago, e aun scripta
su vida veo en mí con letras de oro.

Mas no es el nuestro Silvio, a quien se quita
la vida con morir, pues antes vemos
que su excelente fama resuscita.

En muerte, en vida, en todo tuvo extremos,
e no viciosos, no, mas excelentes,
do exemplo de virtud tomar podemos.

De lengua en lengua va, de gente en gentes.
su fama, pues tan alta va bolando
que los passados callan y presentes.

Mas yo te afirmo, Nimpha, que notando
su muerte, que es discreto el invidioso,
si su discreta vida va imitando.

Yo con mi clara luz mirar no oso,
Miróbriga la fuerte, adonde vía
el mi poeta insigne y más famoso.

Si con clara luz resplandecía,
do por Augusto fue reedificada
la fama de su luz, me suspendía.

No la coluna de Hércules nombrada,
no su alcáçar fuerte inexpugnable,
ni su ribera de árboles ornada,

me pudo ser jamás tan agradable
como el mi nuevo Homero, el mi poeta,
su sciencia, ingenio, e gracia innumerable.

Conversación tan llana e tan discreta,
años tan bien gastados no se han visto,
en quanto este mi carro acá subjeta.

Tan abundante ingenio, e tan bienquisto,
tan general en todo y en la parte,

en toda humana sciencia leýdo e visto.

¿Quién más celebrar supo el fiero Marte,
las inmortales Deas e sus cosas,
con pluma, ingenio, sciencia, estilo y arte?

¿Quién las hazañas cuenta belicosas?,
¿quién los amores castos e aventuras?,
¿quién las batallas fieras e dudosas?

¿Quién puede ver sus metros e escripturas
que no olvide presentes, e aun passados,
pues de hallar ygual están seguras?

Sus altos dichos, graves e acertados,
la authoridad de rostro, años, canas,
dignos de ser por siempre celebrados.

Tus Nimphas, ¡o, Poesía!, hizo ufanas,
e pues tan tuyo fue, ¡sús!, ven comigo;
verás por tu poeta quánto ganas.

Entra en mi carro ardiente y sé testigo
de cómo está en el cielo venerado
el tu gran Feliciano e dulce amigo».

Quando esto el roxo Apolo huvo hablado,
en su carro la pone e vase al cielo,
llevándola assentada al diestro lado.

Y dixo en alta voz: «No aya recelo
ninguno que esta Nimpha aya a la mano,
que nadie es digno allá en el suelo
después que acá subió su Feliciano».

Epitaphio a la sepultura de Feliciano de Silva

Quién yaze aquí? -Un docto cavallero.
¿De qué linage? -Silva es su apellido.
¿Qué posseyó? -Más honrra que dinero.
¿Cómo murió? -Assí como ha vivido.
¿Qué obras hizo? -El vulgo es pregonero.

¿Murió muy viejo? -Nunca moço ha sido;
pero, según su ingenio sobrehumano,
por tarde que muriesse, fue temprano.

Soneto

Hermoso e claro río, que saliendo
de la alta sierra mía celebrada,
en el real estanque hazes entrada,
y de allí vas tus aguas repartiendo.

Quien vee unas llorando, otras temiendo
el paso, floresta, la majada,
do mi Duarda está muy descuydada
de amor, e mas de mí que estoy muriendo.

Quien vee, ¡o, claro río!, que aunque passas,
humilde, manso, baxo, sin ruydo,
y de árboles por guarda acompañado,

luego al passar te mueres y trespassas,
¡o, triste!, si ay temor do no ay sentido,
¿qué hará donde le ay, aunque robado?

Soneto

Duarda, el blanco pie ¿a dó lo asientas?
¿A sombra de qué satize estás aora?
¿Vas o vienes del río, mi pastora?
¿Recoges el ganado o apacientas?

¿Con qué pastora hablas? ¿Qué le cuentas?
¿Dó están tus ojos puestos, mi señora?
Responde ya, Duarda, al que te adora:
¡ay, Dios, que con el ayre estoy en cuentas!

Pues quando yo dexare, Nimpha mía,
no de pensar en ti, que es excusado,
sino de lamentar mi larga ausencia,

no buelva yo al descanso en que bivía,
no buelva a ver el monte, el río, el prado,
do algún tiempo gozé con tu presencia.

Epitaphio a la sepultura del sereníssimo Príncipe de Portugal

Soneto

Quien busca en tierna edad ánimo fuerte,
discreción en la paz, fuerça en la guerra,
aquí la hallará, aquí se encierra;
llore con Portugal su mala suerte.

Aquí en polvo y nada se convierte
el bien de Lusitania, y se destierra;
aquí se podrá ver en poca tierra
a quien mucha quitó la cruda muerte.

Éste es cuya virtud hizo promessa
de Príncipe muy justo y verdadero,
mas muerte lo atajó con otra empresa.

Pues con tierra cubrió su día postrero
el cuerpo a él, el alma a la Princesa,
el hijo al Rey, e al reyno su heredero.

Soneto

¿A quién buscas, amor~ -Busco a Marfida.
¿Y qué le quieres, di? -No más de vella.
¿No la has herido ya? -Yo lo estoy della.
¿Herido tú? -Y aun de mortal herida.

¿Qué le entregaste? -Poco era la vida.
¿Pues cómo vives? -Contemplando en ella.
¿Tu arco y flecha? -Está quebrado ant'ella.
¿E mi poder y fuerça? -Ya perdida.

Vengando estoy de ti. -Y aun otra gente.
¿Y no te corres dello? -No, por cierto.
¿Por qué? -Porque la causa lo requiere.

¿Tu mal es como el mío? -Diferente.
¿Y tú no ves que estoy de amor muerto?
¿Y tú no ves que amor de amores muere?

Soneto

Alcé mis ojos, vi vuestra figura
para luego pagar mi atrevimiento:
¿quándo no será víspera un contento
de un mal terrible, adonde no aya cura?

No causa mi dolor tu hermosura,
no tu ayre galán y movimiento,
mas en tu ser y movimiento,
allí está el mal, allí la desventura.

¿Qué medio hallaré que no sea triste?
Y si no fuere triste, ¿qué merezco?
Y si merezco, ¿qué podrá valerme?

¡O, amor, que me mil secretos escondiste,
los quales supe yo desque padezco,
pero quando más sé, no sé entenderme.

Soneto

Cruel amiga mía, ¿dó te fuyste?;
secreto de mi alma, ¿quién te lleva?
¡O, quánto mi querer mejor se prueva,
que no falsa fe que tú me diste!

Dezirte querría el mal que me heziste;
mas quiérolo callar, aunque él me mueva,
que a quien no es mi tristeza cosa nueva,
muy poco se dará de verme triste.

¡O, ingrata, o, más cruel que cruda fiera!
¿Qué es esto que hablé? Señora mía,
perdona; no era yo, que el mal hablava.

¿Y quándo te he de ver? ¡O, quién te viera!
¿Quándo he de ver los ojos do me vía,
y aquel dulce mirar que me engañava?

Soneto

¡O, vagaroso tiempo y descuydado,
tenido falsamente por ligero!
Si ves mi grave mal y el bien que espero,
¿por qué no passas presto, di, malvado?

Al tiempo que me viste en un estado,
que en acordarme dél biviendo muero,
passaste muy de presto, pues primero
que yo entendiesse el bien, le vi passado.

Si no te duele verme tan perdido,
ni verme padecer un mal estraño,
jamás de alguno visto ni entendido,

moverte deve, ¡o, tiempo!, el grave daño
de un triste coraçón de amor vencido,
que solamente spera un desengaño.

Soneto

Marfida, que te encubra el mal que siento
de verte tan esenta y descuydada,
y que dissimulando sea llorada
su estraña crueldad y mi tormento;

o que descubra a ti mi pensamiento,
y el mundo la razón de ser tratada
con más blandura un alma desdichada
que nuncajamás vio contentamiento,

¿qué puede aprovecharme ni moverte,
si no es a más crueldad y a estar tan dura,
que en ti no haga mella mi cuydado?

Assí me quiero estar y assí quererte,
pues ni me alegra el bien que da ventura,
ni aun temo el mal que tengo esperimentado.

Epístola

¡Quán escusada cosa es scrivirte

y quánto más pensar que a mi tormento
remediará el desseo de servirte!

Mas ¿qué hará, señora, el pensamiento,
que, a su pesar, tan alto se ha subido,
que no spera jamás contentamiento?

¿Y qué hará el amante que á huydo
mil vezes del amor, y que huyendo
en su lazo cayó, de amor herido?

Que, en fin, pagará el tiempo que riendo
se estava de su mal, y de los tristes,
que por su causa andavan padesciendo.

Pagad, pues, ojos míos, lo que vistes;
mas vos lo yréys pagando, yo lo fío,
y en aquel mismo extremo en que os pusistes.

¿Paréceos bien, dezí, coraçón mío,
sin más ni más poneros en estado,
que sólo imaginallo es desvarío?

Pues quiéroos avisar que avéys llegado
a aquella cuyo amor y pensamiento
en muy mejor lugar está ocupado.

Suplico a Dios yo mienta, mas no miento
según mi temor dize cada hora
y lo conosce y sabe el pensamiento.

Pues no puedo apartarme, mi señora,
consiente que en tu gracia por ti muera,
y vaya el mal creciendo de hora en hora.

Que tu querer en otra parte quiera
por esso no t'é ofendido yo en quererte
pues ver que he de quererte, aunque no quiera.

Que mis ojos, señora, quieran verte,
aunque los tuyos miren a otra parte,
no pienses qu'el mirar será ofenderte.

Que esta mi alma goze en contemplarte,

aunque contemples otra: no ymagines
que te contemplo yo por enojarte.

Que contra mí, señora, determines,
executar tu saña, no es bastante,
pues las potencias siguen tras sus fines.

Si amor diesse lugar a que delante
se te pusiesse el mío, y tú lo viesses,
quiçá me haría el tiempo bien andante.

Quiçá, señora mía, si sintiesses
quánto es mayor mi amor qu'el que otro tiene,
te acordarías de mí quando pudiesses.

Mas si a un juyzio claro no conviene
que espere muerte agena, ¡quánto menos
deve sperar olvido, aunque más pene!

Tu ser, tus claros ojos y serenos,
no pueden olvidar quien miraren,
y desto están los míos de agua llenos.

Que mis males, señora, se declaren,
y mis sentidos sientan que otro quieres,
de mí me olvide yo si te olvidaren.

Que vea yo que tú por otro mueres,
y que por ti me muera, no lo entiendo,
ni sé lo que dirás si lo entendieres.

No alcanço el fin, señora, que pretendo;
mas hállome de amor tan alcançado,
que, en fin, por donde va le voy siguiendo.

Por un camino voy jamás usado,
no por ausencia, no, ni por olvido,
que quien no se acordó no está olvidado.

Tampoco voy por donde va un perdido,
que quien jamás ganó perder no puede.
ni quien no cometió será vencido.

Por un camino voy do me succede

de una hora en otra un mal que no le entiendo
y no consiente amor que atrás me quede.

Suplícote, señora, si te ofendo
con estos versos míos, consideres
que los compuso el mal que estoy sufriendo.

Levanta a ti tus ojos que si vieres
tu ser y tu valor y hermosura,
no culparás a mí, sino a quien eres.

¿Qué mal merece el triste que procura
servirte y celebrarte como deve,
aunque le ataje el tiempo y la ventura?

No mires, no, señora, que se atreve
a mucho el que se atreve a celebrarte,
mas mira que un senzillo amor le mueve.

Y si es qu'el scrivir será agraviarte,
de ti lo sepa yo; mas, ¿qué aprovecha,
si el proprio amor me haze importunarte?

De un solo bien mi alma se aprovecha,
dexando esto a una parte, y es de suerte
que quita en cierto modo mi sospecha,

y es ver en tu valor que a merecerte
llegar no puede alguno en esta vida,
aunque comprallo quiera con la muerte.

Y assí no querer tú, ni ser querida,
no basta que te entregues a quien amas,
ni puede amor llegarte a ser rendida.

Pues mira en mí este fuego y vivas llamas
y engáñame, señora, si te enfado,
no entienda yo jamás que me desamas.

No puedo más dezir, ni mi cuydado
me da lugar a menos, alma mía.
Y si en lo dicho he sido porfiado,
pon culpa al crudo amor y a tu porfía.

Fin

Epístola

¿Estás contenta, di, señora mía?
¿Gustas de ver que pido a Dios vengança
de tu gran crueldad y mi osadía?

¡Ay, loco amor, ay, loca confiança,
ay, coraçón de fiera endurescida,
y quién hiziesse caso de sperança!

Según veo ya acabar mi corta vida,
e cada hora alargarse mi tormento,
muy presto sería muerto e tú servida.

¿No havría allá en tu alma un movimiento
(no quiero que sea amor ni Dios lo mande)
sino assí un no sé qué por cumplimiento?

¿Que gustes tú, señora, que yo ande,
tras lo que cuesta poco sin sentido,
e que un pequeño bien tenga por grande?

¿Qué ganas, di, cruel, en ver perdido,
por un descuydo tuyo, el que es más tuyo
que tu coraçón proprio endurescido?

¡Ay, vanas speranças, que aún no huyo
de vos, estando claro el desengaño
de quien se corre en ver que soy tan suyo!

Pues mándoos yo, Fortuna, que este daño,
esta confiança, este tormento
jamás podrá apartarme de mi engaño;

bolved la rueda vos, qu'el pensamiento
más firme le veréis que vos ligera,
por más que apressuréis el movimiento.

Ablándate ora un poco, aunque no quiera
tu coraçón esento, mi señora;
dame un contento sólo e sea qualquiera.

¿Qué te he de estar pidiendo de hora en hora
una palabra sola, e un mirarme,
e tu crueldad no cesse, di, traydora?

¿Qué te podrá costar el engañarme,
o darme algún favor assí burlando,
pues no te obligo en ello a remediarme?

¿Y qué te va en pensar de quando en quando,
en quien no gasta el tiempo en otra cosa,
e a cada punto dél desesperando?

Pues en tu rostro muestras ser hermosa,
¿por qué en la condición no lo has mostrado,
pues una es un león, otra una rosa?

¿Por qué este entendimiento delicado
de quando en quando, di, no te da cuenta
de la que a Dios darás de mi cuydado?

¿Por qué no miras, di, que es gran afrenta
hazerme todo el mal que hazerme puedes
e hasta sabello yo no estar contenta?

¿Por qué en ausencia contra mí procedes,
e no me admites quando estoy en presencia,
diziendo «ya passó el hazer mercedes»?

¿Por qué, di, no te enseña la experiencia
que tienes del amor que te he tenido
a creer que no me hará mudar ausencia?

Si no quieres mirar que te he querido,
si no quieres mirar que no me quieres,
ni el tiempo que, señora, te he servido,

mirar devrías siquiera a quien tú eres,
e que tu gran valor, en fin, te obliga
a no hazer el mal que hazer pudieres.

No puedo dezir más, ni hay más que diga,
la culpa de lo dicho es de mi suerte,
aunque poner silencio en tal fatiga
no basta amor, el tiempo, ni aun la muerte.

Madrigal

- I -

Pastora, que mis ojos hazes fuertes
si mi fatiga sientes,
¡ay, Dios, quán cruda eres!
¿No me dirás burlando que me quieres?
Engáñame, pastora; assí te veas
tan señora de ti como desseas.

- II -

Con sólo un bolver de ojos, mi pastora,
al triste que te adora
yrías remediando
un mal que no se cura sospirando:
buélveme acá esos ojos con que hieres.
Di: ¿quiéreslo hazer? ¡Ay, que no quieres!

- III -

De tu hermosa boca, ¡o, alma mía!,
oýr un sí querría,
siquiera sea fingido.
¡Responde, coraçón endurecido!
Mas, ¡ay, quánto mejor sería callarme,
pues aún no me respondes con mirarme!

- IV -

¡O, más cruda que fiera, e más esenta!
Haz ora alguna cuenta
de aquel que la ha perdido,
a causa desse pecho endurecido:
e mírame, pues puedes con mirarme
a poca costa tuya consolarme.

- V -

Bien sé que lamentar el mal que siento
es dar vozes al viento:
¡A, viento, respondeme!
Mas aun de responderme el viento teme.
¡O, coraçón de fiera!
¿No havría en essa boca un «No» siquiera?

- VI -

Canción, pues que mis males veys tan claros
devrías acabaros,

e acábase la vida,
que bien poco se pierde en ser perdida.
¡Ay, triste, que en el mal en que me hallo,
entiendo que el remedio es no buscallo!

Soneto

Ya no podréys, amor, de, oy más dañarme,
siquiera aya mudança, ausencia, olvido;
no más, no más, amor, ya os he entendido,
y en balde os trabajáys. por engañarme.

El falso mirar de ojos y el mirarme
no me podrá engañar, pues he venido
a ser tan diestro ya en amor fingido,
que sé fingirme preso y sé soltarme.

Venís, amor, con veynte niñerías,
un no sé qué, un sí sé qué escusado,
que todo ello entendido suma poco.

¿Vos no sentís que voy ya entrando en días
e que a mi costa estoy esperimentado?
Mas ¿qué puede sentir un amor loco?

Soneto

Los que de Amor estáis tan lastimados
qu'el remedio buscáis en causa agena,
e con ver mayor mal curáis la pena
a que os da causa Amor e sus cuydados;

venid a ver mis versos, do pintados
veréis graves tormentos, grave pena,
que están vivos en mí do Amor ordena
que estén para este efeto diputados.

Y aunque sufrido ayáys pena e tormento
e nunca ver podáis lo que esperastes,
o con ausencia estéis siempre lidiando;

en viendo la passión que amando siento,
luego confessaréis que nunca amastes,

o, si algún tiempo amastes, fue burlando.

Soneto

Quien no sabe de Amor en mis concetos
no se entremeta, e calle lo que viere;
y el que sabe de Amor, o Amor le hiere
lo fino verá en mí de sus efetos.

Venid, pues, amadores que subjetos
estáis a lo que Amor ordena e quiere,
y en mí veréis que aquel que más sufriere
mejor lugar terná entre los perfectos.

No está el descanso en no vivir quieto
el ánimo, ni está en buena fortuna
si el hombre a un buen amor no está subjeto.

Y sepa cierto aquel que amor repugna,
ora sea rico, fuerte o sea discreto,
que no ay do no ay amor bondad alguna.

Soneto

Leandro en amoroso fuego ardía
a la orilla del mar, acompañado
de un solo pensamiento enamorado
que esfuerço a qualquier cosa le ponía.

Y al tiempo que su lumbre aparescía
rindiósele Neptuno, estando ayrado,
e Amor pudo ponelle en el estado
que a su contentamiento convenía.

La luz de la mañana le importuna,
la noche se le va más aplazible
que pudo dar Amor ni la Fortuna.

¡O, casos del Amor, que sea possible que
Fortuna e Amor, ambos a una
después le diessen muerte tan terrible!

Canción

¡O, tristes versos, quexas immortales
e alegremente oýdas
de aquella que es verdugo de mi vida!
¿De qué tratáys? Dexad ya estar mis males,
mirá que soys perdidas,
en quien ya su clemencia está perdida.
¡O, pena no creýda!
Mas no puedo culpalla
en no creer mi pena,
si de creer no es buena,
sentid quál deve ser para passalla.
A mí pienso poner toda la culpa,
porque es amor, e vos ternéis disculpa.

Estraño amor, estrañas sinrazones,
pues aun para quexarme
no tengo lengua ya, ni es bien tenella;
mas ¿quién podrá apartarse de ocasiones,
o quién podrá apartarme,
si pienso en mi passión te tratar della?
Mirar podría en ella
quien con bolver los ojos,
medio dissimulando,
podía yr atajando
su estraña crueldad e mis enojos.
Mira: ¿quién no se mueve a dar un medio
en mal do no se espera otro remedio?

Subjecto está mi mal a un movimiento
e no de la fortuna,
que, a serlo yo creyera a mi esperança,
subjecto está al más duro pensamiento
que vi en muger alguna,
de quantas la memoria y vista alcança.
Mas ¡qué gran confiança
tuviera yo, cuytado,
si esta firmeza fiera
sobre querer cayera
como á caýdo sobre desamado!
No uviera miedo, no, a tiempo y muerte;
mas ved, no siendo assí, quál en mi suerte.

Aora que me voy a tierra estraña,

a do ya no as de verme,
quiçá que te daré algún contento;
aora perderás quiçá la saña,
que ves que vo a ponerme
en manos de tu ausencia y mi tormento.
El más veloce viento
ternás por muy pesado,
y el mar más pressuroso
ternás por espacioso
por ver lexos de ti quién á passado
los hombres en amor y fe muy pura,
como a las damas tú en hermosura.

Mas si assí fuesse, aun medio mal sería,
señora, a Dios pluguiesse
que aun para aborrescerme te acordasse,
que aquel momento, o hora, o aquel día
que en tu memoria fuesse,
mi alma era forzado que gozasse.
¿Quién ay que esto tomasse
en cuenta de su pena,
si sólo este cuytado,
que estando atormentado,
no hay aflición que no tenga por buena?
¡O, estraña condición jamás oýda!,
¿cómo has gastado mal mi triste vida?

Canción, si más dixesse,
el alma al triste cuerpo dexaría;
y pues sería descanso, si muriesse,
dexemos el morir para otro día.

Soneto

Al pie del su laurel Apolo estava,
el carro hecho pieças por el suelo,
sus cavallos paciendo, con que el cielo
con tal velocidad sus bueltas dava.

Con quexas tierra e mar importunava
y a los planetas mueve a eterno duelo
su triste soledad, su desconsuelo
hasta las duras peñas ablandava.

Las ramas del laurel está abraçando,
y dize: «¡O, verde lauro, que en un día,
mudaste por mi mal mi buena suerte!».

Buelve a besar su tronco sospirando,
y como fuesse amargo, assí dezía:
«¿Qué es esto? ¿Amarga en vida, amarga en muerte?»

Soneto

Estávase Marfida contemplando
en su pecho al pastor por quien moría;
ella mesma hablava y respondía
que lo tenía delante ymaginando.

Por sus hermosos ojos destilando
lo que orientales perlas parecía,
con vos que lastimava assí dezía,
su cristalino rostro levantando:

«No biva yo sin ti, dulce amor mío;
de mí me olvide yo si te olvidare,
pues no tengo otro bien ni otra sperança.

Tu fe sola es, pastor, en quien me fío,
y si ésta en algún tiempo me faltare,
bien bastará mi muerte por vengança».

Soneto

¡O, lágrimas cansadas, que en llegando
mostráys la calidad del bivo fuego
que el alma aflige y saca de sossiego
y al coraçón contino está quemando!

Venisos por mis ojos destilando,
pensáys que mi dolor se aplaque luego;
mas ya passó esse tiempo, aunque no niego
que con llorar el mal se va aplacando.

Pero áse d'entender, lágrimas tristes,
que avéys tantas de ser como es la causa

que tiene mi dolor de derramaros.

Y pues no puede ser por do venistes,
podréys bolveros luego, y hazed pausa,
que yo también la hago en dessearos.

Soneto

Los ojos no pecaron en miraros
si no pretenden más que solo veros;
si el alma á pretendido mereceros,
no le queráys más mal que dessearos.

Jamás dexe mi lengua de hablaros,
que no está en el hablar poder moveros;
si mis lágrimas piensan deteneros,
podéysselo pagar con no ablandaros.

Mas no me deys por fin vuestra partida,
que aunque en estremo sea el descontento,
con veros passaré mi triste vida.

Pues no ay vida sin vos, ni yo la siento,
y el alma que se ve sin vos perdida
se gana sólo en fe de su tormento.

Canción

Hablar será forçado,
e más fuerça sería
si no me la hiziesse en tal estremo.
Bien basta lo callado.
Comiença, lengua mía,
y no estés tan sujeta a lo que temo.
Si el fuego en que me quemo
hablando se acrecienta,
callado es muy más fuerte.
Publíquese mi suerte,
que no ay quien con callar mejor la sienta,
que yo podré sentilla
aunque algo me divierta ora en dezilla.

¿Avrá sentido humano

que alcance de mi pena
un poco, aunque mayor la aya tenido?
Un tiempo estuve ufano,
teniendo por agena
la vida que sin él avía bivido,
y estava tan corrido
del tiempo que no amara,
que nunca recibiera
disculpa ni quisiera
dezir que avía bivido, si bastara,
para quien visto avía
tan libre del amor mi fantasía.

Si alguno me hablava
en el tiempo dichoso
que estuve sin amar ni ser amado,
de mí lo desechava
y medio vergonçoso
baxava el rostro assí como afrentado.
Después desto passado,
andava el alma mía
tan llena de congoxa
de aver sido tan floxa,
que sin amor se viesse solo un día,
que como en penitencia
tomava celos oy, mañana ausencia.

Dos mil cosas fingía
a mí mismo contrarias
para satisfación de aquel olvido,
y más penas quería
que aquellas ordinarias
que Amor en mi subjeto avía imprimido.
Y aquel tiempo perdido
contino lo llamava,
diziendo: «¡O, si bolviesses,
mi tiempo, y me pusiesses
con esta pena mía (aunque más brava)
en el primero estado
que puede del amor ser lastimado!»

¡Quién viera el día primero
que tuve entendimiento
para de Amor sentir el dulce efeto,

queriendo como quiero
pudiera el pensamiento
estar en cosa alguna más perfecto!
Mas no fuy tan discreto
que Amor en mí hallasse
capazes estos ojos
para que mis despojos
vencido en tu presencia los dexasse,
mostrándoles la estrella
que el mismo Amor quedó vencido della.

De aý a un poco andava
acá entre mis conceptos,
buscando algún descuento a aquellos días,
que Amor no me tocava,
y mis ojos quietos
no davan en Amor ni en sus porfías.
En estas niñerías
anduve porfiando,
burlándome comigo
(Amor es buen testigo),
que entonce de su espacio atormentando
estava a este cuytado
que á sido a su pesar desengañado.

Después el desengaño
me vino, y fue tan tarde,
que ya no uvo lugar para admitillo.
Ya era grave el daño,
ya el fuego que en mí arde
no quiso dar lugar a recebillo;
para solo dezillo
me dio el amor licencia.
Pues oya todo el mundo
un caso sin segundo,
y en mí todo amador tome experiencia:
verá un caso terrible,
que muchos me dirán que es impossible.

No fue mi mal ausencia,
ni fue no ser amado,
ni aun yo sabré dezir lo que aya sido.
En parte da apariencia
(mas no se á declarado)

de en esto intervenir algún olvido,
y no tengo creýdo
que olvido interviniese
en tiempo tan dichoso,
que nunca aquel reposo
pensé que me faltara, aunque quisiese
quebrar fortuna el hilo
a quien tuvo en amar tan alto estilo.

Yo fuy de amor herido,
y en un lugar tan alto
que casi de la vista lo perdía.
Hallávame corrido
y de occasiones falto
para osalle entregar el alma mía;
mas luego en aquel día
de aquella que me ha muerto
una esperança vino,
si no fue un desatino,
que nunca en amor falta un desconcierto,
el qual pronosticava
mayor contento e más que yo pensava.

Mostróme mi Señora
señal de darme vida
(que en fin he de dezillo, aunque no es dado),
y desde aquella hora
mostró que era servida
de verme tan constante en mi cuydado,
sin ver mi baxo estado
e tan visto a la clara,
e aun otras muchas cosas
que las tan generosas
miraran si el amor no las cegara,
y assí vivía contento
con sola la ocasión del pensamiento.

Los días se passavan
y nuestro amor estava
de una e otra parte muy sellado;
favores no faltavan,
ya un bien no desseava,
contento quando al punto era llegado.
Tan bien afortunado

hombre como yo era,
ni hombre tan contento
con todo su tormento
en quantos amor siguen no pudiera
hallarse semejante,
desd'el nuestro poniente hasta el levante.

Y en un punto Fortuna
assí bolvió su rueda,
que aquella fe tan firme que havía dado
la hizo ser ninguna.
¿Quién ay que creello pueda,
que me truxesse amor a tal estado
que viva desamado,
y que mi claro día
assí se me anublasse
y que la fe quebrasse
mostrando aborrescer quien más quería?
Venid, pues, amadores,
tornad todos exemplo en mis dolores.

Canción, no sepa nadie que eres mía,
mas di lo que quisieres,
que ya verán que es muerta cúya eres.

Soneto

Los ojos de Marfida hechos fuentes,
su coraçón cansado y afligido,
en sola una esperança sostenido
sufrir puede sus graves accidentes.

Lloran el grave mal de verse absentes,
dudando de alcançar lo prometido,
los ojos puestos do tenía el sentido
dezía sin mirar inconvenientes.

-Ven presto, mi pastor, ¿a quándo aguardas?
Consuela un coraçón que está cautivo.
¡O!, dulce amigo mío, a quien espero,

Si es cierta tu venida, ¿cómo tardas?;

e si es a dicha incierta, ¿cómo vivo?;
y si vivo sin ti, ¿cómo no muero?

Soneto

No fue la linda Helena celebrada
por su sola beldad y hermosura;
no fue de solo Paris la ventura,
ni Troya sola fue desventurada.

Si Elena fue perfecta e acabada,
señal fue que de ti nos dio natura,
pues no fue perfición, mas fue figura
do tu sola beldad fue figurada.

También Paris figura el pensamiento
que en tu valor osó ser empleado
con su sobrado amor e atrevimiento.

Pues Troya ¿quién será, sino el cuytado
que está contino ardiendo e tan contento,
que no querría acabar de ser quemado?

Entrando a ver a una dama

Se corrió, porque no estava tan adereçada como ella quisiera para ser vista. Hízosele este soneto

Desnudo está el amor, e no compuesto;
desecha el parescer artificioso,
y en él lo natural es más hermoso
que aquello que l'encubre el claro gesto.

Lo más del proprio ser es deshonesto,
pues cubre lo mejor e más gracioso,
que sea qu'el pintor muy más famoso
divino que un humano es manifiesto.

Pues no haya turbación a luz perfeta
de ver que os viesse yo senzillamente
e no muy adornada de otra cosa.

Que toda perfición está subjeta
a do lo natural se ve presente
e en vos ninguna llega en ser hermosa.
Fin

Canción

La vida poco a poco voy perdiendo
e no me hago fuerça en desechalla,
ni es fuerça la que aora Amor me haze.
Mi espíritu su mal consiente e calla,
el cuerpo a la razón se va rindiendo
e Amor de todo mal se satisfaze.
Qualquier dolor paresce que me aplaze,
mas no sé si he pecado o si merezco
en dar mi cuerpo e alma tan de grado
a todo este cuydado
a quien de voluntad aora me ofrezco.
Si no recibo el mal por cosa grave,
ni siento ya la pena como pena,
¿cómo he de merecer de mí tormento?
Es gloria todo el mal que aora siento,
¿cómo podré dezir que me condena
si en tu merecimiento está la llave?
Mi mal sea comoquiera; es tan suave,
que no espero más bien ni más bonança:
allá se avenga Amor con su esperança.

No quiero esperar más, ni ay más que spere
y aunqu'el Amor lo quiera, determino
de no selle obediente en este caso,
que no se va mi mal por un camino
por do espera más vida aquel que muere,
pensando no echar en balde el passo.
Más fino liquor está en mi vaso,
pues con esta ocasión d'estar perdido
me hallo tan pagado de perderme,
que no podrá excederme
ninguno, aunque más alto haya subido.
¿Quién ay a quien amor aventajasse
en dalle un pensamiento tan perfeto
que en vanas esperanças s'entremeta?
¿O quién a otro desseo se subjeta

aunque alguna ocasión se lo mandasse,
si no es a la ocasión do está subieto?
Por mí digo que no ay quien me forçasse
a recebir más bien ni más contento
que lo que da sin fuerça el pensamiento.

Estoy en mi opinión tan confiado,
que no le pido más de lo que muestra,
e aquel sólo es el fin de lo que espero.
Dezir que estoy perdido a causa vuestra
palabra es muy común d'enamorado,
que dize, estando vivo, «¡Ay, que me muero!»
Del tal no esperéys más que un «Mucho os quiero»
e un vano sospirar de quando en quando,
mirando si le oye su dulce amiga
o alguno que le diga
que «Aquel su servidor vi sospirando».
Veréis cessar la causa, quando llega
aquel efeto inútil que pretende;
veréis allí perdido el exercicio;
veréis allí el amor bolverse en vicio.
Éste es el proprio amor del que no entiende,
e aun es una opinión que a muchos ciega,
un vano dessear que no s'entrega
sino en entendimiento baxo y loco,
adonde entra el amor y está muy poco.

Tanto desta opinión huyr desseo,
que no pienso que huyo, ni he huydo
quanto podría huyr si yo quisiesse,
y estoy echando cuenta si he seguido
tras la falsa opinión que en todos veo
por donde algún castigo mereciesse.
Después digo entre mí: «Si yo cayesse
en esta grave pena, ¿qué haría?
¿Qué contrición bastava desculparme
si no fuesse quitarme
el bien que da mi pena al alma mía?»
Pero buelvo a dezir: «Si yo no huyo
de vanas esperanças, ¿qué más devo
que el gran desseo que tengo de huyllas?
Si mi flaqueza es parte en consentillas
¿no basta la intención que en esto llevo?»
Mas pienso que aun con esto no concluyo

porque de Amor sé yo cómo soy yo
que no basta intención quando el effecto
al fin de la razón no está subjecto.

Amor se me offreció, mas yo no siento
si es amor este mío, y he credito,
que es más alto metal si avello puede.
Un spíritu es que se á ofrecido
a sola una bondad de pensamiento,
y si ay en él virtud de allí procede.
Es una fe tan pura que no excede
en cosa que a la fama perjudique;
mas antes va con ella tan ligada,
que no ay cosa criada
do tanto su bondad se certifique.
Tan firme estoy en él, que no se ofrece
cosa que le repugne ni le ofenda.
Todas las cosas hallo de su parte,
en fin cosa es que excede a qualquier arte,
y no ay sentido en mí que ya no entienda
que éste es solo el Amor que permanece,
y no una afición vana que florece
en quien de un tal amor está tocado
que no pretende amar si no es amado.

Canción, de mucha fe te veo armada;
mil contrarios ternás por donde fueres
y entonces mostrarás mejor quién eres.

Embiáronle a dezir, estando absente, que por qué avía mirado cosa cuya absencia le diesse pena, y responde este

Soneto

Los lexos no miré quando os mirava,
ni pude allí tratar de cosa mía:
tan puesto estava todo en lo que vía
que en cosa sino en veros no pensava.

Verdad es que si un poco me parava,
un no sé qué temor se trasluzía;
mas quando yo, señora, a vos bolvía,
temor, passión, mi aun muerte no estimava.

Después, quando partí, que no deviera,

sentí que mi temor me dio el aviso,
o si no me avisó me dio del codo.

Y luego que me vi de tal manera,
agradecí al temor lo que me quiso,
y a vuestro cargo puse el daño todo.

A la señora doña María de Rojas quando se casó

Soneto

Pudieras, hermosíssima María,
para el lucido Phebo reservarte;
pudieras derribar al fiero Marte
quitándole el poder que antes tenía.

Neptuno entre sus ondas se encendía;
en un solo momento ymaginarte
el crudo niño ciego a toda parte
por sola tu ocasión tirar quería.

Mas tú, hermosa Nimpha, no estimaste
los dioses immortales, y quesiste
aquel que por esposo aora cobraste.

Y en sabello escoger tanto subiste,
que toda perfición con él tomaste
y toda hermosura en ti le diste.

Fin

Soneto

Si Amor es puro amor, ¿por qué me offende?
Si a dicha es desamor, ¿por qué no muero?
Si amor ni desamor, ¿yo cómo quiero?
Si no me á de abrasar, ¿por qué me enciende?

¿Amor no me dirá lo que pretende?
Que yo no huyo dél, aquí le espero:
o deve ser muy flaco, o es muy fiero;
o yo no entiendo a él, o él no me entiende.

Si ve que estoy contento con mi pena,
rebuelve contra mí tan bravamente,

que no sé si es Amor quien me condena.

Si triste me ve estar, no lo consiente;
mas, ¡ay!, que en mi sugeto Amor ordena
que venga el bien o el mal por acidente.

Fin

De Gutierre de Cetina, siendo enamorado en la corte para donde Montemayor se partía

Soneto

Si como vas, Lusitano, yo fuesse
do el ánima dexé que no deviera;
como verás presto la ribera
del hermoso Pisuerga, assí la viesse.

Si como partirás do yo partiesse
y llegarás do yo llegar quisiera;
si el bien que verás tú yo ver pudiera
y el poder yr como tú vas tuviesse;

estos húmidos o os que llorando
te mueven a piedad, vieras gozosos
andar su mayor bien manifestando.

Mas ordenan los hados enojosos
porque lo sienta más yrme alargando
los días del destierro trabajosos.

Respuesta de Jorge de Montemayor, siendo enamorado en Sevilla, donde Gutierre de Cetina se quedava

Soneto

Vandalio, si de estar muy descontento
trocaras tu quedar con mi partida,
hallara yo en tu muerte nueva vida
y tú en mi gran pesar contentamiento.

Aquí me mate Amor, yo lo consiento,
pues pudo renovar vieja herida;
aquí el alma del cuerpo se despida;
d'aquí no passe ya mi pensamiento.

Amor nuestros plazeres á trocado,
y en sólo ver su effecto estoy tan frío,
que no sé si es Amor quien lo á causado.

¿No ves, Vandalio, tú tal desvarío
que lleve yo conmigo tu cuydado
y tú quedes acá passando el mío?

A don Juan de Castro

Soneto

¿Quién es, que derriba al fiero Marte?
¿Quién es el que limpiando está su espada,
que en sangre de paganos fue bañada
y entre ellos levantado su estandarte?

Don Iuan de Castro es, que esfuerço y arte
la victoria le dan tan señalada,
que triumpha Lusitania, y levantada
podrá ser su vandera en qualquier parte.

Es el que justamente á derribado
los pendientes tropheos y victoria
que otros por sus hazañas han ganado.

Y assí sube tan alta ya su gloria,
que Fama ante los dioses á jurado
que de otro sino dél no avrá memoria.

Fin

A la sepultura de la Princesa de Castilla

Soneto

Aquí se haze tierra una figura,
do tanto s'esmeró la perfición,
que pudo bien dezirse sin passión
«traslado del pintor fue la pintura».

Después de matizar su hermosura,
matiz de honestidad y discreción,
ser ella tan perfecta fue occasión
pagarse el Hazedor con la hechura.

Muy justa fue la paga, aunque turó
el plazo de pagar tan poco trecho,
que aun no nos dio lugar de conocella.

Mas vemos en lo presto que cumplió
mostrar Dios el poder de avella hecho
por más encarecer el deshazella.

Epístola

¡Quán cierto es, mi Señora, desculparse
de su atrevimiento el que pretende
a semejante hecho aventurarse!

¡Quán cierto es parecelle que aun ofende
con solo el pensamiento y desafina
aquel cendrado fuego en que s'enciende!

¡Quán cierta es la sospecha, y quán vezina,
si querrá leer su letra, o no leella,
si le será cruel, o si benigna!

¡Quán cierta es ver la cosa y no creella!
¡Quán cierto es el pensar que por burlalle
su carta recibió, mas no por ella!

¿Quién ay que en tal estremo no se halle,
sino quien de inocente o confiado
cortasse los successos a su talle?

Si yo, Señora, osé, no me á faltado
sentir lo que aquí digo, y aun temello,
mas mi mismo temor me hizo osado.

¿Qué mal puede venir que exceda aquello,
que passo en no dezir la pena mía,
después que en mi afición pusiste el sello?

Dichoso á sido el año, el mes, el día,
la ora y el momento que en mirarte
silencio puso Amor en mi alegría.

Dichosos son los ojos en ser parte
por donde al alma mía entrar pudiste,
dichosa la memoria en contemplarte.

Dichoso el coraçón a do veniste,
dexando ageno dél al cuerpo mío;
dichosa la prisión do me pusiste.

Podrásme preguntar en qué me fío
o qué he sentido en mí para escrivirte
sin dar a mi opinión algún desvío.

Que no me fío en mí podré dezirte,
sino en el puro amor con que me ofrezco
a no querer más bien sino servirte.

Dirás que a qué propósito padezco
por ti, pues yo por mí tan poco he sido
que aun solo ymaginallo no merezco.

Pregúntalo al Amor, que me á herido;
pregúntalo a mis ojos, que miraron,
que yo no supe más que estar perdido.

En ti mis sentimientos se elevaron,
sin más sentir de mí qué cosa fuesse,
después que en tu primor se transformaron.

Mas, ¡o, esperança mía!, quién pudiesse
en tu ymaginación assegurarse
sin que otra cosa tuya le impidiesse.

Y quién de tu cordura aprovecharse
pudiesse para el passo en que se halla,
el qual es por demás poder passarse.

Y quién tu coraçón en su batalla
tuviesse por amparo, y no el que tengo,
que a toda su passión consiente y calla.

Mas quando yo tan mal con él me avengo,
mis ojos pongo en ti, diziendo luego:
«En tus manos estoy, e a ellas vengo».

Parece que me queda algún sossiego
en verme en tu poder, mas de aý a un poco
comiénçase a encender más crudo fuego.

A tu sola beldad, Señora, invoco
en esta confusión, mas ¿qué aprovecha?,
que otra passión mayor me buelve loco.

Y este segundo mal es la sospecha
y celos; mas en fin los voy passando,
haziendo con mirarte la desecha.

Y si con esta fuerça estoy mirando
tu rostro, aunque sin verte en mí le veo,
de ver que alças los ojos voy temblando.

Acude luego allí tan gran desseo
de dar buelta otra vez por do te he visto,
que aunque lo veo cumplido, no lo creo.

Si ya no puedo verte, estoy malquisto
comigo por tardar, si a dicha tardo,
e assí no es solo un rrial el que resisto.

Que pues del crudo amor blandiendo el dardo,
me dio mortal herida, y quedo vivo,
de ningún otro mal ya me resguardo.

Effectos son de amor los que te escrivo;
recíbelos, Señora, y ten paciencia
por dalla en algún tiempo al tu cativo.

Que si te escrivo aora es con licencia
de tu gran hermosura en quien contemplo,
e si merezco muerte, da sentencia
que a mí sea castigo, a otro exemplo.

Fin

Soneto

¿Quién se quexa d'Amor si no lo entiende,
o quién se quexa dél si lo ha entendido?
¿Quién busca el prado verde muy florido

si el dessabrido invierno lo defiende?

En medio del estío ¿quién pretende
quitar la fuerça al Sol quando ha salido?
¿A quién espanta el mar con su ruydo,
o a quién admira el fuego si s'enciende?

Si ver su operación en cada cosa,
no espanta a quien es discreto, ¿quién s'espanta
que nos fatigue amor con su exercicio?

¡O, que la causa dél es peligrosa!
Ella sin causa baxa al que levanta,
que si Amor nos mata, ésse es su officio.

Fin

Soneto

No puedo yo creer de vos, Fortuna,
(según lo que los dos hemos passado),
que days ni prometéys un buen estado
para tener con él firmeza alguna.

Pusistes vos mi bien sobre la luna,
(¡o, sumo bien tan alto y estremado!),
y en un punto baxó en el mismo grado:
si os pido aquí razón, no days ninguna.

¿Queréis, después que me quitáis mi gloria,
que el acordarme della e ser passada
me cause algún consuelo en este medio?

¡Gentil consuelo a un triste es la memoria!
Dexadme padecer; no se os dé nada,
que no es tan malo el mal como el remedio.

Fin

Epístola

¡Ay, Vandalina mía, quién pudiesse
mostrarte sus concetos de manera

que pluma ni otra cosa interviniesse!

¡O, quién imaginando ver pudiera
una esperança sola, e tan esenta,
qu'el proprio imaginar no la impidiera!

Más quéxome de Amor, aunque sustenta
en mí nuevos efetos, pues no quiere
que un bien pequeño e solo esté a mi cuenta.

¿Qué puedo ver en ti, quando te viere,
que en mi memoria quepa, si en la tuya
la deste siervo tuyo assí se muere?

¿Por qué quieres, Señora, que destruya
un solo olvido tuyo un alma triste
que en sí no tiene cosa que sea suya?

A ti sus tres potencias adquiriste:
memoria, entendimiento a ti obedece;
también la voluntad en ti consiste.

Mi alma propia es la que padece
por solo dezir esto, e no la pluma,
que do ay más que dezir, allí enmudece.

Mas aún no es tiempo, no, que tal presuma,
ni piense darte cuenta aunque más pene,
pues tan cierto el alcance está en la suma.

No ay miedo en mi passión ni me conviene
sino que en triste llanto se me passe
mi tiempo, tras el qual ninguno viene.

Pensé con el llorar que descansasse,
mas era más el mal que lo llorado
por mucho que después lo acostumbrasse.

En una cosa sola me ha estremado
mi mal, y es en tenelle, no sintiendo
si estoy con vida aún, o me ha faltado.

Podrá dezirme alguno que muriendo
descansan de su mal los amadores,

mas no quien todo el ser ganó queriendo.

Si el que padece aora mal d'amores
espera con morir quedar esento,
de muy baxo metal son sus dolores.

Si está dentro en mi alma el pensamiento,
la qual morir no puede aunque yo muera,
¿cómo podrá morirse mi tormento?

¡O, Vandalina mía, quién pudiera
en tu memoria ver lo que has oýdo,
aunque la mía al punto se perdiera!

¡O, si por lo que quiero y he querido
te acordasses de mí para olvidarme,
que ya para acordarte no lo pido!

Mira que de amor muero, e que matarme
con otro nuevo mal será escusado,
pues basta este dolor para acabarme.

De mi muerte estoy ya engañado,
pero ¿qué mayor bien, si es de tu mano,
pues no mata esta muerte mi cuydado?

Por tuyo está contino Lusitano,
pues basta un solo punto imaginarte,
para tener su mal por sobrehumano.

Y no tengas en mucho el no olvidarte,
que no quiso el amor ni dio licencia
que en mi memoria yo tuviesse parte.

Aunque me mate aora el mal d'ausencia,
estoy a contemplarte tan sujeto,
que acá te veo contino en mi presencia.

Estás tan viva siempre en mi conceto,
que allí do perficionas, e allí siento
que no hay do tú estás lugar perfeto.

En ti quiero que esté mi pensamiento,
que en otro algún desseo ya no toco,

mas tomo el contemplarte por discuento.

Y si me dize alguno que esto es poco
para tan grande fe, al punto digo
que a más querer de ti yo fuera loco.

¿A qué piensas, Señora, que me obligo
en no querer de ti más de quererte?:
a ser, aunque no quiera, mi enemigo.

Que muy claro verá quien puede verte
quán poco ay d'aquel ver al dessearte,
mas yo en el contemplar estoy más fuerte.

Con él me venço a mí por no agraviarte,
e assi comigo mismo estoy lidiando,
y del todo de amor tomo esta parte.

Mi alma estará siempre de tu bando,
de lágrimas mis ojos quedan llenos
y el coraçón cativo sospirando.
No sé dezirte más, ni amarte menos.

Fin

*

Hazed, Amor, qu'el mar jamás se mueva
de dos furiosos vientos combatido;
hazed que el cielo estando claro llueva
y el sol alumbra más si está escondido;
hazed que el tigre al corço no se atreva
y el ciervo ante el león esté atrevido:
que todo esto podréis hazer primero
que un buen estado dure un mes entero.

Soneto

Marfida sus ovejas respuestava,
con solo su ganado se avenía,
sus dorados cabellos descogía
y con su blanca mano los peynava.

Las más hermosas flores apañava,
una guirnalda dellas componía,
en su rubia cabeça la ponía

y en una clara fuente se mirava.

Muy libre está de amor, e muy quieta,
gozar quería de balde el ser hermosa.
Mas Amor sintió su fundamento,

contra ella flechó el arco e la saeta
y en un punto Marfida fue otra cosa.
¡Ved quánto poder tiene un pensamiento!

Soneto

¡O, quién huyr pudiesse de ocasiones,
que el alma sobresaltan cada día!
¡Quién viesse ya algún fin a esta porfía
que tan subjeta veo a sinrazones!

¡Quién subjetar pudiesse sus passiones,
o vuestra crueldad, señora mía,
por ver si en vos o en mí se acabaría
tan grande differencia de opiniones!

Si estoy contento yo por lo que os quiero,
un ceño me mostráis, que aun de miraros
paresce que me temo e tengo miedo.

También lo estáis si os digo que me muero,
Por Dios, que acabéis ya de declararos
¿cómo queréis que esté, si triste o ledo?

Fin